

Selva Almada

**Chicas
muertas**

Lectulandia

Tres asesinatos entre los cientos que no alcanzan para titulares de tapa ni convocan a las cámaras de los canales de Buenos Aires. Tres casos que llegan desordenados: los anuncia la radio, los conmemora un diario de pueblo, alguien los recuerda en una conversación. Tres crímenes ocurridos en el interior del país, mientras la Argentina festejaba el regreso de la democracia. Tres muertes sin culpables.

Convertidos en obsesión con el paso de los años, estos casos dan lugar a una investigación atípica e infructuosa.

La prosa nítida de Selva Almada plasma en negro lo invisible, y las formas cotidianas de la violencia contra niñas y mujeres pasan a integrar una misma trama intensa y vívida.

Lectulandia

Selva Almada

Chicas muertas

ePub r1.0

Un_Tal_Lucas 23.01.16

Selva Almada, 2014
Retoque de cubierta: Un_Tal_Lucas

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Andrea, María Luisa y Sarita

esa mujer ¿por qué grita?
andá a saber
mirá que flores bonitas
¿por qué grita?
jacintos margaritas
¿por qué?
¿por qué qué?
¿por qué grita esa mujer?

SUSANA THÉNON

La mañana del 16 de noviembre de 1986 estaba limpia, sin una nube, en Villa Elisa, el pueblo donde nací y me crié, en el centro y al este de la provincia de Entre Ríos.

Era domingo y mi padre hacía el asado en el fondo de la casa. Todavía no teníamos churrasquera, pero se las arreglaba bien con una chapa en el suelo, las brasas encima y encima de las brasas la parrilla. Ni siquiera con lluvia mi padre suspendía un asado: otra chapa cubriendo la carne y las brasas era suficiente.

Cerca de la parrilla, acomodada entre las ramas de la morera, una radio portátil, a pilas, clavada siempre en LT26 Radio Nuevo Mundo. Pasaban canciones folclóricas y a cada hora un rotativo de noticias, pocas. Todavía no había comenzado la época de incendios en el parque nacional El Palmar, a unos 50 kilómetros, que cada verano ardía y hacía sonar las sirenas de todas las estaciones de bomberos de la región. Fuera de algún accidente en la ruta, siempre algún muchacho saliendo de un baile, los fines de semana pasaba poco y nada. A la tarde sin fútbol pues, por el calor, ya había empezado el campeonato nocturno.

Esa madrugada me había despertado el ventarrón que hacía temblar el techo de la casa. Me había estirado en la cama y había tocado algo que hizo que me sentara de golpe, con el corazón en la boca. El colchón estaba húmedo y unas formas babosas y tibias se movieron contra mis piernas. Con la cabeza todavía abombada, tardé unos segundos en componer la escena: mi gata había parido otra vez a los pies de la cama. A la luz de los relámpagos que entraban por la ventana, la vi enrollada, mirándome con sus ojos amarillos. Me hice un bollito, abrazándome las rodillas, para no volver a tocarlos.

En la cama de al lado, mi hermana dormía. Los refucilos azules iluminaban su cara, sus ojos entreabiertos, siempre dormía así, como las liebres, el pecho que bajaba y subía, ajena a la tormenta y a la lluvia que se había largado con todo. Mirándola, yo también me quedé dormida.

Cuando me desperté solamente mi padre estaba levantado. Mi madre y mis hermanos seguían durmiendo. La gata y sus crías no estaban en la cama. Del nacimiento solo quedaba una mancha amarillenta con bordes oscuros en un extremo de la sábana.

Salí al patio y le conté a mi padre que la gata había parido pero que ahora no la encontraba ni a ella ni a sus cachorros. Estaba sentado a la sombra de la morera, alejado de la parrilla pero cerca como para vigilar el asado. En el piso tenía el vaso de

acero inoxidable que siempre usaba, con vino y hielo. El vaso transpiraba.

Los habrá escondido en el galponcito, dijo.

Miré en esa dirección, pero no me decidí a averiguar. En el galponcito, una perra loca que teníamos había enterrado una vez a sus crías. A una le había arrancado la cabeza.

La copa de la morera era un cielo verde con los destellos dorados del sol que se colaba entre las hojas. En algunas semanas estaría llena de frutos, las moscas se amontonarían zumbando, el lugar se llenaría de ese olor agrio y dulzón de las moras pasadas, nadie tendría ganas de sentarse a su sombra por un tiempo. Pero estaba hermosa esa mañana. Solo había que cuidarse de las gotas peludas, verdes y brillantes como guirnaldas navideñas, que a veces se desprendían de las hojas por su propio peso y allí donde tocaban la piel, quemaban con sus chispazos ácidos.

Entonces dieron la noticia por la radio. No estaba prestando atención, sin embargo la oí tan claramente.

Esa misma madrugada en San José, un pueblo a 20 kilómetros, habían asesinado a una adolescente, en su cama, mientras dormía.

Mi padre y yo seguimos en silencio.

Allí parada vi cómo se levantaba de la silla y acomodaba las brasas con un fierro, las emparejaba, golpeaba rompiendo las más grandes, la cara se le cubría de gotitas por el calor del fuego, la carne recién puesta chillaba suavemente. Pasó un vecino y pegó un grito. Él giró la cabeza, todavía inclinado sobre la parrilla, y levantó la mano libre. Ai voy, gritó. Y empezó a desarmar con el mismo fierro la cama de brasas, las corrió hacia un extremo de la chapa, más cerca de donde ardían los troncos de ñandubay, dejó apenas unas pocas, calculando que alcanzaran para mantener la parrilla caliente hasta que él regresara. Ai voy era pegarse una disparada hasta el bar de la esquina a tomarse unas copas. Se calzó las ojotas que andaban perdidas en el pasto y mientras se fue poniendo la camisa que descolgó de una rama de la morera.

Si ves que se apaga, arrímale unas brasas más que ya vengo, me dijo y salió a la calle chancleteando rapidito, como esos chicos que ven pasar al heladero.

Me senté en su silla y agarré el vaso que había dejado. El metal estaba helado. Un pedazo de hielo flotaba en la borra del vino. Lo pesqué con dos dedos y empecé a chuparlo. Al principio tenía un lejano gusto a alcohol, pero enseguida solo agua.

Cuando apenas quedaba un pedacito, lo hice crujir entre mis muelas. Apoyé la palma sobre el muslo que asomaba en el borde del short. Me sobresaltó sentirla helada. Como la mano de un muerto, pensé. Aunque nunca había tocado a uno.

Yo tenía trece años y esa mañana, la noticia de la chica muerta, me llegó como una revelación. Mi casa, la casa de cualquier adolescente, no era el lugar más seguro del mundo. Adentro de tu casa podían matarte. El horror podía vivir bajo el mismo techo que vos.

En los días siguientes supe más detalles. La chica se llamaba Andrea Danne, tenía diecinueve años, era rubia, linda, de ojos claros, estaba de novia y estudiaba el

profesorado de psicología. La asesinaron de una puñalada en el corazón.

Durante más de veinte años Andrea estuvo cerca. Volvía cada tanto con la noticia de otra mujer muerta. Los nombres que, en cuentagotas, llegaban a la primera plana de los diarios de circulación nacional se iban sumando: María Soledad Morales, Gladys Mc Donald, Elena Arreche, Adriana y Cecilia Barreda, Liliana Tallarico, Ana Fuschini, Sandra Reitier, Carolina Aló, Natalia Melman, Fabiana Gandiaga, María Marta García Belsunce, Marela Martínez, Paulina Lebbos, Nora Dalmasso, Rosana Galliano. Cada una de ellas me hacía pensar en Andrea y su asesinato impune.

Un verano, pasando unos días en el Chaco, al noreste del país, me topé con un recuadro en un diario local. El título decía: A veinticinco años del crimen de María Luisa Quevedo. Una chica de quince años asesinada el 8 de diciembre de 1983, en la ciudad de Presidencia Roque Sáenz Peña. María Luisa había estado desaparecida por unos días y, finalmente, su cuerpo violado y estrangulado había aparecido en un baldío, en las afueras de la ciudad. Nadie fue procesado por este asesinato.

Al poco tiempo también tuve noticia de Sarita Mundín, una muchacha de veinte años, desaparecida el 12 de marzo de 1988, cuyos restos aparecieron el 29 de diciembre de ese año, a orillas del río Ctalamochita, en la ciudad de Villa Nueva, en la provincia de Córdoba. Otro caso sin resolver.

Tres adolescentes de provincia asesinadas en los años ochenta, tres muertes impunes ocurridas cuando todavía, en nuestro país, desconocíamos el término femicidio. Aquella mañana yo también desconocía el nombre de María Luisa, que había sido asesinada dos años antes, y el nombre de Sarita Mundín, que aún estaba viva, ajena a lo que le ocurriría dos años después.

No sabía que a una mujer podían matarla por el solo hecho de ser mujer, pero había escuchado historias que, con el tiempo, fui hilvanando. Anécdotas que no habían terminado en la muerte de la mujer, pero que sí habían hecho de ella objeto de la misoginia, del abuso, del desprecio.

Las había oído de boca de mi madre. Una sobre todo me había quedado grabada. Pasó cuando mi mamá era muy jovencita. No recordaba el nombre de la chica porque no la conocía. Sí que era una muchacha que vivía en La Clarita, una colonia cerca de Villa Elisa. Estaba a punto de casarse y una modista de mi pueblo le estaba haciendo el vestido de novia. Había venido a tomarse las medidas y a hacerse un par de pruebas siempre acompañada por su madre, en el auto de la familia. A la última prueba vino sola, nadie podía traerla así que se tomó un colectivo. No estaba acostumbrada a andar sola, se confundió de dirección y cuando se quiso acordar estaba yendo por el camino que va al cementerio. Un camino que a ciertas horas se tornaba solitario. Cuando vio venir un coche, pensó que lo mejor era preguntar antes de seguir dando vueltas, perdida. Adentro del vehículo iban cuatro hombres y se la llevaron. Estuvo secuestrada varios días, desnuda, atada y amordazada en un lugar

que parecía abandonado. Apenas le daban de comer y de beber para mantenerla viva. La violaban cada vez que tenían ganas. La muchacha solo esperaba morir. Todo lo que podía ver por una pequeña ventana, era cielo y campo. Una noche escuchó que los hombres se marchaban en el auto. Juntó valor, logró desatarse y escapar por la ventanita. Corrió a campo traviesa hasta que encontró una casa habitada. Allí la auxiliaron. Nunca pudo reconocer el sitio donde la tuvieron cautiva ni a sus captores. Unos meses después se casó con su novio.

Otra de las historias había ocurrido hacía poco, unos dos o tres años antes.

Tres muchachos fueron a un baile un sábado. Uno estaba enamorado de una chica, hija de una familia tradicional de Villa Elisa. Ella le daba calce y no le daba. Él la buscaba, ella se dejaba encontrar y después se escurría. Este jueguito del gato y el ratón llevaba varios meses. La noche del baile, no fue distinta a otras. Bailaron, tomaron una copa, hablaron pavadas y ella volvió a darle el esquinazo. Él buscó consuelo en la cantina donde sus dos amigos hacía rato que empinaban el codo. De ellos fue la idea. Por qué no la esperaban a la salida del baile y le enseñaban cuántos pares son tres botas. Al enamorado le volvió la sobriedad apenas escucharlos. Estaban locos, qué mierda decían, mejor se iba a dormir. Cosas de mamados.

Pero ellos hablaban en serio. A esas calientabraguetas habría que enseñarles. Ellos también se fueron antes. Y la esperaron en un baldío, al lado de su casa. Sí o sí, la muchacha debía pasar por allí.

Ella se fue del baile con una amiga. Vivían a una cuadra de distancia una de la otra. La amiga se quedó primera, ella siguió, tranquila, el mismo camino que todas las noches de baile, en un pueblo donde nunca pasaba nada. La interceptaron en la oscuridad, la golpearon, le entraron los dos, cada uno a su turno, varias veces. Y cuando hasta las vergas se asquearon, la siguieron violando con una botella.

Desde la mañana temprano, el sol calentaba las chapas del techo de la casa de los Quevedo, en el barrio Monseñor de Carlo, de la ciudad de Presidencia Roque Sáenz Peña, Chaco. Los primeros días de diciembre preludiaban el álgido verano chaqueño, con temperaturas de 40 grados, habituales en esa zona del país. En el sopor de su pieza, María Luisa abrió los ojos y se incorporó en la cama, lista para levantarse y salir a su trabajo en lo de la familia Casucho. Hacía poco que trabajaba allí, de mucama.

Para vestirse, eligió prendas frescas pero bonitas. Le gustaba andar arreglada en la calle, aunque, para trabajar, usara ropa de fajina, una remerita y una pollera viejas, desteñidas por el sol y las salpicaduras de lavandina. De su ropero de muchacha pobre eligió una musculosa y una falda de bambula, adornada con un cintito de cuero que se ajustaba rodeando la cintura. Se lavó la cara, se peinó los cabellos, ni largos ni cortos, lacios y oscuros. Agitó el tubito de desodorante en aerosol y luego de aplicarlo en las axilas, lo roció por el resto del cuerpo. Apareció en la cocina, flotando en esa nube perfumada y dulzona. Tomó los tres o cuatro mates que le cebó su madre y luego salió de la casa.

Había cumplido los quince hacía poco, el 19 de octubre que, ese año, había coincidido con el día de la madre. Era una chica menudita que todavía no había terminado de echar cuerpo. Tenía quince, pero parecía de doce.

La casa de los Casucho quedaba en el centro de la ciudad de Sáenz Peña y María Luisa hacía el trayecto, unas veinte cuadras, a pie. Esa mañana, 8 de diciembre, era el día de la Virgen, un feriado a medias, pues algunos comercios abrían normalmente. Pero la ciudad andaba a media máquina, así que se habrá cruzado con poca gente.

Estaba contenta porque era su primer trabajo. Entraba temprano, a eso de las siete, y se retiraba a las tres de la tarde, luego de lavar los platos del almuerzo.

Si ese día pensaba quedarse por ahí, aprovechando el feriado, no se lo confió a su madre, Ángela Cabral, que, al ver que atardecía y María Luisa, la Chiqui como le decían en la familia, no regresaba del trabajo, empezó a preocuparse.

Desde que se había separado de su esposo y padre de sus seis hijos, Ángela vivía con las dos más chicas y con Yogui, el varón soltero de veintisiete años. Él era el hombre de la casa y fue a él a quién primero recurrió su madre.

Aprovechando la tarde libre, Yogui estaba en una pileta pública con unos amigos. Allí lo fue a buscar un primo para decirle que Ángela estaba llorando porque la

Chiqui no había vuelto a la casa luego del trabajo.

El primer lugar donde la buscó Yogui fue en la casa de su padre, Oscar Quevedo, que vivía con su nueva mujer, una boliviana con la que los hijos no se llevaban bien. Pero María Luisa no había pasado por allí. A partir de entonces, la búsqueda fue intensa y, a medida que pasaban las horas, cada vez más desesperada.

Ni testigos ni la investigación policial pudieron determinar nunca qué pasó ni dónde estuvo la chica entre las tres de la tarde que salió de su trabajo, el jueves 8 de diciembre de 1983, y la mañana del domingo 11 cuando hallaron su cadáver.

Solo Norma Romero y Elena Taborda, dos amigas recientes de María Luisa, declararon que la vieron a la salida del trabajo, caminaron juntas un par de cuadras, pero luego se separaron.

La búsqueda por parte de la policía apenas había comenzado cuando, la mañana del domingo 11 de diciembre, sonó el teléfono de la Comisaría Primera. Alguien, del otro lado, denunciaba que había un cuerpo en un baldío entre las calles 51 y 28, en la periferia de la ciudad. De estos terrenos, ahora abandonados, en una época se había extraído tierra para fabricar ladrillos y había quedado una excavación de poca profundidad y grandes dimensiones que, cuando llovía, se llenaba de agua, formando una laguna que en la zona llaman represa. En esta repesita con poca agua, abandonaron el cuerpo de la chica. La habían ahorcado con el mismo cinto de cuero que se había puesto la mañana que salió de su casa al trabajo.

Ese domingo, en Buenos Aires, a 1107 kilómetros, a esa hora recién se apagaban los ecos de las fiestas populares por la asunción de Raúl Alfonsín, el primer presidente constitucional de los argentinos después de siete años de dictadura. Los últimos en abandonar la fiesta cabeceaban en las paradas de colectivos, que pasaban de largo, cargados hasta el estribo.

En Sáenz Peña, todos habían estado pendientes de la televisión que durante el sábado había transmitido en directo, por Cadena Nacional, los actos y festejos que habían comenzado a las ocho de la mañana. Hacia la nohcecita también habían salido a festejar a la plaza San Martín, la principal. Los que tenían auto habían armado una caravana por el centro, con banderitas argentinas flameando en las antenas, bocinazos, y medio cuerpo afuera de las ventanillas, agitando los brazos y cantando. Aunque el gobernador electo del Chaco, Florencio Tenev, era del opositor partido peronista y el flamante presidente era del partido radical, la vuelta de la democracia era más importante que el color político y nadie quería quedarse afuera de la fiesta.

Mientras todos celebraban, los Quevedo seguían buscando a María Luisa.

El último día que vieron con vida a Sarita Mundín, el 12 de marzo de 1988, también fue bastante habitual para la muchacha. Había estado algunas semanas fuera

de Villa María, en la ciudad de Córdoba, cuidando a su madre en el hospital. De vuelta se la había traído al departamentito de calle San Martín, donde vivía con Germán, su hijito de cuatro años y Mirta, su hermana de catorce, embarazada. La madre estaba recién operada y necesitaba cuidados. Para las hermanas Mundín sería más fácil atenderla si vivían en el mismo lugar. Se acomodaron como pudieron, el departamento era muy pequeño.

Cuando su amante, Dady Olivero, la ayudó a alquilarlo estaba pensado para que lo habitaran solo ella y Germán y para que Dady pudiera visitarla con comodidad, sin la indiscreción de los *muebles* de la ciudad, peligrosos para un hombre casado y empresario reconocido. Olivero y su familia eran dueños del frigorífico El Mangrullo.

Entre los días que había pasado en Córdoba y la presencia de la madre en el departamento, hacía un tiempo que Sarita y Dady no se encontraban. Ese día él le avisó que pasaría a buscarla con su auto para ir a un lugar donde pudieran estar solos y tranquilos.

Ella no tenía ganas de salir con él. La relación con el hombre, más de diez años mayor y con familia, se había ido apagando. Al parecer, en Córdoba, había conocido a un muchacho y estaba entusiasmada. Sin embargo, esa tarde cuando él pasó a buscarla, pese a sus pocas ganas, Sarita agarró una toalla —irían al río—, una carterita y bajó el primer piso por escalera, yendo a su encuentro.

No se había preparado como hacía antes, cuando la relación todavía era prometedora y se presentaba como una posibilidad de cambiar de vida. Bajó vestida con una pollera larga, una remerita y unas ojotas. Arreglada o no, Sarita era una mujer hermosa: delgada, con el cabello castaño, cortado en una melenita ondulada, el cutis pálido, los ojos verdes.

Mirta y Germán la acompañaron hasta la vereda. El nene, cuando vio que la madre encaraba para el auto, estacionado en el cordón, quiso ir con ella. Pero, desde adentro, el conductor le dijo que no con tal seriedad que el niño se refugió en las polleras de su tía haciendo pucheros. Sarita volvió, lo besó y le prometió que le traería un regalo a la vuelta.

Pero nunca más regresó de ese paseo.

Estuvo perdida casi un año. A fines de diciembre, el tambero Ubaldo Pérez encontró restos de un esqueleto humano, enganchados en las ramas de un árbol, a orillas del río Ctalamochita, que separa la ciudad de Villa María de la de Villa Nueva. Estaban en las inmediaciones de un paraje conocido como La Herradura, del lado de Villa Nueva. Por el estado de los restos, huesos pelados, es probable que haya sido asesinada el mismo día que salió con su amante, aunque nunca se pudo determinar de qué manera.

Cuando empecé la facultad me fui a vivir con una amiga a Paraná, la capital de la provincia, a 200 kilómetros de mi pueblo. Teníamos poca plata, vivíamos en una

pensión, bastante ajustadas. Para ahorrar, empezamos a irnos a dedo, los fines de semana cuando queríamos visitar a nuestras familias. Al principio siempre buscábamos algún chico conocido nuestro, también estudiante, que nos acompañara. Después nos dimos cuenta de que nos llevaban más rápido si éramos solo chicas. De a dos o de a tres, sentíamos que no había peligro. Y en algún momento, cuando ganamos confianza, cada una empezó a viajar sola si no conseguía compañera. A veces, por lo exámenes, no coincidían nuestras visitas al pueblo. Nos subíamos a autos, a camiones, a camionetas. No subíamos si había más de un hombre adentro del vehículo, pero excepto eso no teníamos muchos miramientos.

En cinco años fui y vine cientos de veces sin pagar boleto. Hacer dedo era la manera más barata de trasladarse y a veces hasta era interesante. Se conocía gente. Se charlaba. Se escuchaba, la mayoría de las veces: sobre todo los camioneros, cansados de la soledad de su trabajo, nos confiaban sus vidas enteras mientras les cebábamos mate.

De vez en cuando había algún episodio incómodo. Una vez un camionero mendocino mientras me contaba sus cuitas me dijo que había algunas estudiantes que se acostaban con él para hacerse unos pesos, que a él no le parecía mal, que así se pagaban los estudios y ayudaban a los padres. La cosa no pasó de esa insinuación, pero los kilómetros que faltaban para bajarme me sentí bastante inquieta. Cada vez que me subía a un auto lo primero que miraba era dónde estaba la traba de la puerta. Creo que ese día me corrí hasta pegarme a la ventanilla y directamente me agarré a la manija de la puerta por si debía pegar un salto. Otra vez un tipo joven, en un coche caro y que manejaba a gran velocidad, me dijo que era ginecólogo y empezó a hablarme de los controles que una mujer debía hacerse periódicamente, de la importancia de detectar tumores, de pescar el cáncer a tiempo. Me preguntó si yo me controlaba. Le dije que sí, claro, todos los años, aunque no era verdad. Y mientras siguió hablando y manejando estiró un brazo y empezó a toquetearme las tetas. Me quedé dura, el cinturón de seguridad atravesándome el pecho. Sin apartar la vista de la ruta, el tipo me dijo: vos sola podés detectar cualquier bultito sospechoso que tengas, tocándote así, ves.

Sin embargo, una sola vez sentí que realmente estábamos en peligro. Veníamos con una amiga desde Villa Elisa a Paraná, un domingo a la tarde. No había sido un buen viaje, nos habían ido llevando de a tramos. Subimos y bajamos de autos y camiones varias veces. El último nos había dejado en un cruce de caminos, cerca de Viale, a unos 60 kilómetros de Paraná. Estaba atardeciendo y no andaba un alma en la ruta. Al fin vimos un coche acercándose. Era un auto anaranjado, ni viejo ni nuevo. Le hicimos seña y el conductor se echó sobre la banquina. Corrimos unos metros hasta alcanzarlo. Iba a Paraná, así que subimos, mi amiga junto al hombre que conducía, un tipo de unos sesenta años; yo en el asiento de atrás. Los primeros kilómetros hablamos de lo mismo de siempre: el clima, de dónde éramos, lo que estudiábamos. El hombre nos contó que volvía de unos campos que tenía en la zona.

Desde atrás no escuchaba muy bien y como vi que mi amiga manejaba la conversación, me recosté en el asiento y me puse a mirar por la ventanilla. No sé cuánto tiempo pasó hasta que me di cuenta de que sucedía algo raro. El tipo apartaba la vista del camino e inclinaba la cabeza para hablarle a mi amiga, estaba más risueño. Me incorporé un poco. Entonces vi su mano palmeando la rodilla de ella, la misma mano subiendo y acariciándole el brazo. Empecé a hablar de cualquier cosa: del estado de la ruta, de los exámenes que teníamos esa semana. Pero el tipo no me prestó atención. Seguía hablándole a ella, invitándola a tomar algo cuando llegáramos. Ella no perdía la calma ni la sonrisa, pero yo sabía que en el fondo estaba tan asustada como yo. Que no, gracias, tengo novio. Y a mí qué me importa, yo no soy celoso. Tu novio debe ser un pendejo, qué puede enseñarte de la vida. Un tipo maduro como yo es lo que necesita una pendejita como vos. Protección. Solvencia económica. Experiencia. Las frases me llegaban entrecortadas. Afuera ya era de noche y no se veían ni los campos al borde de la ruta. Miré para todos lados: todo negro. Cuando me topé con las armas acostadas en la luneta del auto, atrás de mi asiento, se me heló la sangre. Eran dos armas largas, escopetas o algo así.

Mi amiga seguía rechazando con amabilidad y compostura todas las invitaciones que él insistía en hacerle, esquivando los manotazos del hombre que quería agarrarle la muñeca. Yo seguía hablando sin parar, aunque nadie me prestara atención. Hablar, hablar y hablar, yo que no hablo nunca, un acto de desesperación infinita.

Entonces lo mismo que me había helado la sangre, me la devolvió al cuerpo. Yo estaba más cerca que él de las armas. Aunque nunca había disparado una.

Por fin las luces de la entrada a la ciudad. La YPF adonde paraba el rojo que nos llevaba al centro. Le pedimos que nos bajara allí. El tipo sonrió con desprecio, se corrió del camino y estacionó: sí, mejor bájense, boluditas de mierda.

Nos bajamos y caminamos hasta la parada del colectivo. El auto anaranjado arrancó y se fue. Cuando estuvo lejos, tiramos los bolsos al piso, nos abrazamos y nos largamos a llorar.

Tal vez María Luisa y Sarita llegaron a sentirse perdidas, momentos antes de su muerte. Pero Andrea Danne estaba dormida cuando la apuñalaron, el 16 de noviembre de 1986.

Ese sábado había sido parecido a otros sábados desde hacía un año y medio, cuando se puso de novia con Eduardo. Había terminado bastante más temprano, sin ir a un baile ni a un motel como otras veces. El lunes siguiente Andrea tendría su primer examen final en el profesorado de psicología que había comenzado a cursar ese año. Estaba nerviosa, insegura, y prefirió acostarse temprano y estudiar un rato en la cama en vez de salir con su novio.

Sin embargo estuvieron juntos unas horas, cuando él llegó en su moto a visitarla. Tomaron mate y charlaron sentados en la vereda, era un día de mucho calor y se

anunciaba tormenta.

El sol había desaparecido atrás de las casas bajas del barrio y los pocos faroles de la calle Centenario se fueron encendiendo y llenándose de bichos. Pasó el camión regador, aplastando el polvo de la calle, levantando un vapor que olía a lluvia.

A eso de las nueve fueron a la cocina, se prepararon unos sándwiches de milanesa, se sirvieron algo fresco y volvieron a la vereda. La casa era pequeña y cuando estaban los padres y el hermano, era más fácil encontrar un poco de intimidad afuera que adentro.

Mientras comían, llegó Fabiana, la hermana de Andrea y le pidió que la ayudara a elegir ropa para el baile de la noche. En el club Santa Rosa se celebraba la Noche de las Quinceañeras, que ya era una tradición en la ciudad de San José: todas las chicas que habían cumplido quince ese año, desfilaban con sus vestidos y se elegía a la más bonita.

Así que las hermanas se metieron en la casa y Eduardo se quedó solo terminando el sánduche.

Los vecinos fueron sacando las sillas y algunos giraban los televisores hacia la vereda, con el volumen bien alto para poder oír pese a los ruidos de la calle: pocos autos, más que nada bandas de niños jugando a la mancha o cazando bichitos de luz. No había cable en esos años, la televisión se captaba por antena y a la zona solo llegaban el canal 7 de Buenos Aires y el canal 3 de Paysandú, así que se miraban más o menos los mismos programas. El olor de los espirales encendidos para espantar a los mosquitos, llenó el aire en poco rato.

Más tarde, Andrea y Eduardo salieron a pasear en moto por el centro. Alrededor de la plaza principal, el tráfico se ponía pesado con autos y motocicletas dando la vuelta del perro, a baja velocidad, como en procesión. Tomaron un helado y volvieron a lo de Andrea.

Los padres y el hermano estaban en la cama; Fabiana se había ido al baile. La casa estaba silenciosa, apenas se filtraba, a través de las paredes delgadas, el sonido del televisor encendido en el dormitorio paterno. Los chicos estuvieron un rato besándose y acariciándose en la cocina. En un momento escucharon unos ruidos en el patio. Eduardo salió a mirar y no vio nada raro, pero el viento moviendo las copas de los árboles, la ropa en el tendedero de los vecinos, le advirtió que el tiempo se estaba descomponiendo. Cuando volvió a entrar, se lo comentó a su novia y decidieron que sería mejor que se fuera para que la tormenta no lo pescara de camino. No se fue enseguida, siguieron besándose, tocándose por abajo de la ropa hasta que ella se puso firme: mejor que se marchara.

Lo acompañó hasta la calle. El viento le alborotaba los cabellos largos, rubios, y le pegaba las prendas al cuerpo. Se besaron una última vez, él arrancó y ella corrió adentro de la casa.

Dejó abierta la ventana que daba al patio. Aunque había bajado un poquito la temperatura, las paredes seguían calientes, las sábanas tibias, como recién

planchadas. Se tiró en la cama, en musculosa y bombacha, y agarró unos apuntes, fotocopias abrochadas y subrayadas y con notas de su puño y letra en los márgenes.

Sin embargo, se habrá dormido enseguida. Según el testimonio de su madre, cuando el viento se hizo más fuerte, entró a cerrar la ventana y Andrea ya estaba dormida. Era pasada la medianoche. Ella terminó de ver una película que estaban dando en *Función Privada*, un programa mítico de los años ochenta, conducido por Carlos Morelli y Rómulo Berruti. Presentaban una película y al finalizar el film los dos conductores la comentaban tomando sus vasos de whisky. Esa noche pasaban *Humo de marihuana*, una película que tenía unos veinte años, dirigida por Lucas Demare. La película no le interesaba, pero como no tenía sueño la vio hasta el final. Entonces apagó el televisor, sin esperar los comentarios de Morelli y Berruti, y logró dormirse.

Al rato despertó, salió de la cama, fue a la habitación de las hijas y encendió la luz. Andrea seguía acostada, pero tenía sangre en la nariz. Según dijo se quedó paralizada, sin moverse del vano de la puerta y llamó a su esposo a los gritos, dos o tres veces.

Vení, algo le pasa a Andrea.

Él se tomó el tiempo de ponerse un pantalón y una camisa de grafa, antes de entrar al dormitorio. Levantó a Andrea por los hombros y otro poco de sangre manó de su pecho.

La otra cama, la de Fabiana, seguía tendida y vacía. La tormenta estaba en su máximo esplendor. A las fortísimas ráfagas de viento, se sumaba la lluvia, el techo de zinc sonaba como una balacera.

Andrea se habrá sentido perdida cuando se despertó para morir. Los ojos, abiertos de golpe, habrán pestañado unas cuantas veces en esos dos o tres minutos que le llevó al cerebro quedarse sin oxígeno. Perdida, embarullada por el repiqueteo de la lluvia y el viento que quebraba las ramas más finas de los árboles del patio, abombada por el sueño, completamente descolocada.

Los Quevedo, luego de denunciar en la policía la desaparición de su hermana y de que les respondieran lo de siempre: que esperaran, que seguro se habría ido con algún noviecito y que ya iba a volver, decidieron consultar a una vidente. Una paraguaya que atendía en una casa humilde. El gran patio, que se abría apenas terminaba la calle, albergaba a los consultantes y sus males, que se amontonaban disputándose la sombra esmirriada de los árboles con algunos perros que siempre andaban por ahí.

A pesar de haber salido casi junto con el sol de esa mañana, cuando llegaron, ya había un montón de personas esperando. Un asistente de la paraguaya, que se ocupaba de ordenar el gentío, de sofocar las peleas que se armaban cuando algún pícaro trataba de colarse, se acercó a preguntarles qué asunto los traía. Se lo explicaron. El asistente escuchó todo con atención y se metió en el rancho. Salió enseguida y los llamó con señas. Va a recibirlos ahora, les dijo inclinándose un poco, susurrando para evitar las quejas que, de todos modos, se escucharon cuando los vieron entrar antes que los demás cuando habían sido de los últimos en llegar.

Sin embargo, fue poco lo que la vidente les dijo: que aparecería sí, que estaban a viernes y que esto del domingo no pasaba.

Eduardo, el novio de Andrea, también se decidió a consultar a un vidente. A dos en realidad. Primero a uno, un poco de casualidad porque el hombre vino a comprar unas cosas en el almacén de su familia. Con un poco de pudor, lo llevó aparte y contra una de las estanterías, le preguntó si podía averiguar algo sobre la muerte de su novia. El hombre lo miró horrorizado, al fondo de los ojos, y le dijo que él con las cosas del diablo no se metía.

Después, empujado por una prima de Andrea, fueron a consultar a otro, Luis Danta, un vidente muy afamado en esos años, que atendía en Paysandú, una ciudad uruguaya a unos 250 kilómetros de Colón, donde vive Eduardo. Mucha gente cruzaba a diario el puente internacional General Artigas para ver a Danta.

Fueron en la moto.

Tras cruzar el puente, la vegetación que rodea el camino es ribereña, propia de los humedales que se extienden un poco más allá de las orillas.

Eduardo venía a toda velocidad, la prima de Andrea agarrada a su cintura, sin casco los dos, entonces casi nadie usaba casco. Los cabellos largos de él le pegaban a

ella en la cara, obligándola a entrecerrar los ojos y dejarse llevar por la fuerza de la máquina. De la visita al curandero no habían sacado nada en claro. Solo frases ambiguas, entrecortadas por el trance. Eduardo venía pensando en Andrea, no hacía otra cosa que pensar en ella todo el tiempo, en resolver el misterio de su muerte. Por eso también la velocidad, andaba a lo loco, no le importaba nada, si tenía que matarse en un accidente tal vez era lo mejor para aliviar el pecho y la cabeza, las preguntas constantes: quién, por qué.

Poco antes de volver a cruzar el puente del lado uruguayo, se les apareció de golpe, en el medio del camino, una yarará de casi dos metros. El animal estaba medio enroscado sobre el asfalto, aunque a Eduardo le pareció que cuando tuvo la moto casi encima, se elevó, aprontándose para dar el salto y atacar. El cuerpo grueso, marrón claro con motas más oscuras, la panza clara también moteada, centelleaban bajo el sol. Por reflejo, hizo una maniobra rápida para no aplastarla y casi ruedan él y la prima de Andrea sobre la ruta caliente. Aunque morir así era una fantasía recurrente, lo que lo impresionó fue que se les cruzara la yarará cuando el vidente anterior le había hablado de cosas del diablo. Para él, el encuentro con la víbora fue una señal.

De chica, con la abuela también íbamos al curandero, el Viejo Rodríguez. Vivía en un rancho en las afueras del pueblo, cerca de un barrio pobre, el Tiro Federal.

Me inquietaba pero al mismo tiempo me gustaba ir a su casa y no me quejaba por tener que atravesar todo el pueblo a pie, siempre doliéndome la cabeza o la barriga porque si la abuela me llevaba era porque tenía empacho o lombrices. El Viejo me daba un poco de miedo. Era muy flaco, como si su propio cuerpo le estuviera chupando las carnes hacia adentro, y esto lo obligara a encorvarse, la piel encogida como una camiseta recién lavada. No recuerdo su cara, pero sí que tenía las uñas largas como las mujeres. Sucias y amarillas, sus garras consumidas se deslizaban sobre mi panza hinchada, dibujando una cruz varias veces mientras murmuraba cosas que no llegaba a entender.

Su mismo aspecto descarnado le daba una apariencia santa.

La pieza donde atendía era pequeña y oscura, mal ventilada. La llama de las velas prendidas acá y allá, siempre en sitios diferentes, permitían ver solo un fragmento de la habitación, pintada a la cal para mantener lejos a las alimañas. Nunca pude hacerme una idea completa de cómo era ese cuarto, qué muebles había, ni reconocer las caras de las estampas en las paredes o amontonadas arriba del altarcito de turno.

Vivía solo y de lo que le dejáramos a voluntad. A veces plata, a veces yerba, azúcar, fideos, a veces un pedazo de carne.

Además de curar parásitos y atracones de comida, el Viejo Rodríguez tenía el secreto para las quemaduras, los esguinces, la culebrilla y hasta la pata de cabra, ese mal que puede consumir a un bebé, abrasarlo en los jugos de su propio estómago.

No sé de dónde provenía su poder. Si lo había heredado de su madre o había

nacido con él, como una bendición que cada tanto se convertía en una maldición. Cuando su poder se le tornaba oscuro, el Viejo no atendía aunque le tirasen la puerta a golpes, aunque un racimo de niños llorara afuera y las madres le imploraran que abriese. Adentro, seguramente tirado en su catre, el Viejo dormía su borrachera, descansaba de su secreto y su poder, el cuerpo inconsciente por la paliza del vino malo, la mente apagada. En esos días era inútil esperar bajo el rayo del sol a que cayera la noche y no había más remedio que volver sobre los pasos, las tripas revueltas de gusanos, los estómagos cargados, las cabezas embotadas.

El curandero Rodríguez murió hace muchísimos años, tirado en una cama del hospital San Roque, adónde van a morir los viejos solos, sin familia y sin dinero. Habrá tenido un entierro de pobre, el cuerpo metido en un féretro mal clavado, sin anillas de bronce, para qué si no había deudos para cargarlo, sin lijar, sin barnizar. Un cajón un poco más fuerte que un cajón de manzanas. Habrá pesado muy poco el pobre viejo. Sin responso ni la bendición del cura, pues no hay misericordia para aquellos que conocen el secreto, aquellos que tienen poderes que ofenden a Dios. Habrá sido enterrado en una parcela alejada, de esas que se recuestan casi sobre el alambrado que divide los terrenos del cementerio de los campos lindantes, un alambre de púas para que las vacas no se crucen a mordisquear los tallos de las flores, vencidas en los frascos, los días de verano. Una parcela alejada, donde sepultan a los que no tienen a nadie.

Llego a la Señora por recomendación de unos amigos escritores que la consultan cuando deben tomar decisiones importantes. Confían en su buen juicio y en sus cartas de tarot.

Cuando la llamo para pedirle una cita, le explico que mi pedido tal vez le resulte inusual: no es por mí por quien quiero verla, sino por tres mujeres que están muertas. Me dice que es más habitual de lo que pienso y arreglamos día y hora.

Nunca me tiraron las cartas y la idea me pone un poco nerviosa. Tengo miedo de que ella no haya comprendido que no es de mí de quien quiero averiguar cosas si no de María Luisa, Andrea y Sarita. No quiero conocer mi futuro. No quiero que saque a la luz ningún quiste del pasado.

Iba confiada a lo del Viejo Rodríguez porque iba para curarme, pero me aterrorizaban los gitanos porque adivinaban el futuro. Cada tanto, se instalaban en el pueblo, en el mismo descampado donde paraban los circos y los parques de diversiones. Armaban una carpa grande bajo los eucaliptos que rodeaban el predio, casi sobre la ruta asfaltada, el Tráfico Pesado, que empalma con la avenida Urquiza y de allí con la 131, que va a Villaguay. Vivían de comprar y vender coches. Al lado de la carpa, sobre la banquina, estacionaban una hilera de autos y camionetas que exponían sus pinturas cromadas, radiantes por el sol, a todo el que pasaba.

En esas semanas y hasta meses que acampaban allí, era común cruzarse con las

mujeres haciendo compras o dando vueltas por el pueblo. Siempre de a dos o de a tres, a veces con niños pequeños, vestidas con sus pollerones de gasa y pañuelos cubriendo parte de las cabelleras larguísimas, sueltas o trenzadas, los brazos llenos de pulseras de oro, las orejas munidas de sus caravanas también de oro, los pies calzados con tacos altos. Todo el mundo les desconfiaba: cuando entraban a los almacenes y las tiendas, siempre había un empleado que las marcaba de cerca porque decían que sus dedos eran más rápidos que un rayo. También que robaban niños, que se los llevaban y los vendían en el próximo pueblo donde acamparan. A ellas parecía divertirles que las miraran con desconfianza. Cuando se cruzaban con alguien, a los gritos, le ofrecían leerle las manos. A mí era eso lo que me daba terror, que de prepo me agarraran la mano, me la dieran vuelta y leyeran sobre mi palma todo, hasta el día de mi muerte.

Una vez vi algo que hizo que mirara a estas mujeres de otro modo. Venía de hacer unos mandados, tendría diez años, y de lejos vi a una pareja de gitanos. Era raro que los hombres anduvieran en la calle. Parecía que habían salido de un negocio y estaban discutiendo en la vereda. Él gesticulaba y a medida que me fui acercando escuché sus gritos. Me quedé a una distancia prudente, hice como que miraba una vidriera, porque me daba miedo pasar junto a ellos. De reajo seguí observando la escena. El tipo, un hombre joven, le hablaba en voz bien alta, en una lengua que yo no comprendía. Ella lo escuchaba cabizbaja. En un momento él le dio un empujón en el hombro. El cuerpo de la mujer perdió un poco el equilibrio, pero no llegó a desarmarse. Él dio media vuelta y se alejó a pasos largos y firmes. En vez de seguirlo, creo que él esperaba que ella lo siguiera, la mujer se sentó en el cordón de la vereda y se quedó ahí vaya a saber cuánto tiempo. A él lo vi perderse en la distancia y me cansé de esperar que ella se levantara y se fuera. Hice de tripas corazón y pasé caminando por atrás. Tenía la espalda encorvada, la cara inclinada sobre las rodillas y en la mano una ramita con la que dibujaba en la tierra suelta que se juntaba en el badén.

La Señora es una mujer delgada, con el cabello negro, largo y un flequillo rollinga. Usa minifaldas y se pinta los labios y las uñas de rojo. Tiene tatuajes. Debe tener la edad de mi madre, pero parece una muchacha. Mientras subimos dos tramos de escalera hablamos sobre nuestros conocidos mutuos. En su estudio me señala una silla muy cómoda, con apoyabrazos de madera y tapizado mullido. Abre un poco las ventanas. El estudio está construido en la terraza y tiene ventanas rectangulares, de lado a lado, en dos de las paredes, la tercera una puertaventana vidriada por donde se ven cactus en macetas, desparramadas sobre las baldosas color ladrillo. Luego se sienta en una silla similar a la mía, aunque la de ella parece un trono: bastante más grande y de ratán. Una mesita ratona nos separa. Arriba de la mesa hay solo un paño verde doblado a la mitad.

Le repito lo que le conté por teléfono y me exployo un poco más: en dos de los

casos sus familiares consultaron a videntes, pero de esas experiencias sacaron poco y nada. Tal vez era demasiado pronto y tal vez ahora sea demasiado tarde, aventuro.

Nunca es tarde. Pero yo creo que en el más allá todo debe estar junto y enredado, como una madeja de lana. Hay que tener paciencia e ir tirando despacito de la punta. ¿Conocés la historia de La Huesera?

Niego moviendo la cabeza.

Es una vieja muy vieja que vive en algún escondite del alma. Una vieja chúcará que cacarea como las gallinas, canta como los pájaros y emite sonidos más animales que humanos. Su tarea consiste en recoger huesos. Junta y guarda todo lo que corre el peligro de perderse. Tiene su choza llena de huesos de todo tipo de animales. Pero sobre todos prefiere los huesos de los lobos. Puede recorrer kilómetros y kilómetros, trepar montañas, vadear arroyos, arderse la planta de los pies sobre las arenas del desierto, para encontrarlos. De vuelta en su choza, con la brazada de huesos, arma el esqueleto. Cuando la última pieza está en su sitio y la figura del lobo resplandece frente a ella, La Huesera se sienta junto al fuego y piensa qué canción va a cantar. Una vez que se decide, levanta los brazos sobre el esqueleto y empieza su canción. A medida que canta, los huesos se van cubriendo de carne y la carne de cuero y el cuero de pelos. Ella sigue cantando y la criatura cobra vida, comienza a respirar, su cola se tensa, abre los ojos, pega un salto y sale corriendo de la choza. En algún momento de su vertiginosa carrera, ya por la velocidad, ya porque se mete en las aguas de un arroyo para cruzarlo, ya porque la luna le hiere directamente en un costado, el lobo se transforma en una mujer que corre libremente hacia el horizonte, riéndose a carcajadas.

Tal vez esa sea tu misión: juntar los huesos de las chicas, armarlas, darles voz y después dejarlas correr libremente hacia donde sea que tengan que ir.

De chica, mi madre me contó en varias ocasiones la misma anécdota. Una de cuando recién se habían casado con mi padre. Ellos se casaron muy jóvenes, con dieciséis y dieciocho años pues mi mamá estaba embarazada, un embarazo que perdió a los seis meses. No habían tenido un noviazgo largo, así que no se conocían demasiado. Al poco tiempo de vivir juntos, mientras almorzaban, tuvieron una discusión, alguna tontería de adolescentes, que se fue poniendo acalorada. Entonces mi padre levantó una de sus manos, amagándole una cachetada. Y mi madre, ni lerda ni perezosa, le clavó un tenedor en el brazo que él tenía apoyado en la mesa. Mi padre nunca más se hizo el guapo.

Cada vez que me la contaba me quedaba pensando cuál de esos tenedores —me encantaba ese juego de cubiertos con mangos de acrílico amarillo que les habían regalado para el casamiento—, cuál de ellos había probado la carne de mi padre.

No recuerdo ninguna charla puntual sobre la violencia de género ni que mi madre me haya advertido alguna vez específicamente sobre el tema. Pero el tema siempre estaba presente. Cuando hablábamos de Marta, la vecina golpeada por su marido, la que a su vez descargaba sus propios puños sobre sus hijos, sobre todo en el Ale, un nene que dibujaba solamente arañas. A veces nos acostábamos en el pasto a mirar el cielo y si veíamos esas nubes largas, finitas y grumosas, muy juntas entre sí, como ondas, decía: mirá, mi papá estuvo arando el cielo. Su papá era chacarero. El Ale murió en un accidente de moto a los dieciséis.

Cuando hablábamos de Bety, la señora de la despensa que se colgó en el galponcito del fondo de su casa. Todo el barrio decía que el marido le pegaba y que le sabía pegar bien porque no se le veían las marcas. Nadie lo denunció nunca. Luego de su muerte se corrió la voz de que él la había matado y había tapado todo pasándolo por un suicidio. Podía ser. También podía ser que ella se hubiera ahorcado, harta de la vida que tenía.

Cuando hablábamos de la esposa del carnicero López. Sus hijas iban a mi escuela. Ella lo denunció por violación. Hacía tiempo que, además de golpearla, la abusaba sexualmente. A mis doce años, esa noticia me había impactado muchísimo. ¿Cómo podía ser que el marido la violara? Los violadores siempre eran hombres desconocidos que agarraban a una mujer y se la llevaban a algún descampado o que entraban a su casa forzando una puerta. Desde chicas nos enseñaban que no debíamos hablar con extraños y que debíamos cuidarnos del Sátiro. El Sátiro era una entidad

tan mágica como, en los primeros años de la infancia, la Solapa o el Viejo de la Bolsa. Era el que podía violarte si andabas sola a deshora o si te aventurabas por sitios desolados. El que podía aparecer de golpe y arrastrarte hasta alguna obra en construcción. Nunca nos dijeron que podía violarte tu marido, tu papá, tu hermano, tu primo, tu vecino, tu abuelo, tu maestro. Un varón en el que depositaras toda tu confianza.

Cuando el Cachito García sacudía las siestas del barrio con los escándalos que le hacía a su novia. El Cachito era un ladrón de gallinas y salía con la hija mayor de los Bonnot, unos vecinos nuestros. Don Bonnot trabajaba en una constructora de caminos y estaba fuera de la casa la mayor parte del año. Su mujer y su numerosa prole femenina, todas chicas muy lindas, vivían solas. El Cachito era celoso y dos por tres la puteaba a su novia porque se pintaba o usaba ropa ajustada o la veía hablando con otro muchacho. Una vez fue un poco más lejos. La casa de los Bonnot era una prefabricada de madera y el Cachito roció los alrededores con querosén y amenazó con prenderle fuego. Los vecinos lo detuvieron antes de que incendiara todo.

Estas escenas convivían con otras más pequeñas: la mamá de mi amiga que no se maquillaba porque su papá no la dejaba. La compañera de trabajo de mi madre que todos los meses le entregaba su sueldo completo al esposo para que se lo administrara. La que no podía ver a su familia porque al marido le parecían poca cosa. La que tenía prohibido usar zapatos de taco porque eso era de puta.

Me crie escuchando a las mujeres grandes comentar escenas así en voz baja, como si las avergonzara la situación de la pobre desgraciada o como si ellas también le temieran al golpeador.

Mi madre hablaba de estas historias en voz alta y con indignación y siempre era la compañera de chisme de turno la que le hacía señas para que hablara más bajo, la que nos señalaba a los niños diciendo: cuidado, que hay ropa tendida... como si hablar de eso fuera mala palabra o, peor, les diera un pudor inmanejable.

Mirta, la hermana de Sarita Mundín, sospecha que Dady Olivero le pegaba. Sarita nunca se lo dijo directamente, pero le tenía miedo. Entre ellas, a Olivero le decían Chanchito Cojudo. En los últimos tiempos, cuando sabía que vendría a visitarla, Sarita llenaba la casa de amigos y amigas de su edad, con tal de no estar a solas con él. Olivero se quedaba un rato, disimulando su fastidio, tomaba unos mates y se iba, con la sangre en el ojo.

El último día que pasaron juntas, como si Sarita supiera que sería la última vez y quisiera dejarle una enseñanza para siempre, tuvieron una charla que Mirta no olvidará jamás.

Su hermana le dijo: Nunca te dejes atropellar por nadie. Vos tenés que hacerte valer. Nunca dejes que un tipo te ponga un dedo encima. Si te pegan una vez, te van a pegar siempre.

Sarita se casó embarazada, a los quince años. Mirta estaba repitiendo su historia, esperando un hijo de soltera a los catorce. Al poco tiempo de que naciera Germán, el marido de Sarita empezó a exigirle que trajera plata a la casa. Sarita se inició en la prostitución. En la ruta lo conoció a Olivera, que sería primero su cliente, luego su amante y protector, y la última persona con la que la vieron.

De yirar en la ruta, pasó a tener una cartera de clientes del Comité Radical. Ella y su amiga Miriam García eran militantes del partido, dos muchachas jóvenes y lindas que enseguida acapararon la atención de los señores mayores, de buena posición social y doble discurso. Tal vez por su apariencia aniñada y fresca, tenía éxito entre los machos maduros. Aunque con los radicales le iba bastante bien y contaba además con la protección de Olivero, Sarita no dejó de visitar a un viejo cliente. Un hombre también mayor, solo, que vivía en Oncativo, una ciudad a 64 kilómetros de Villa María, y que, según Miriam García, la ayudaba con dinero.

José Bertoni, un tío solterón de mi madre, también tenía una mujer, la Chola, que lo visitaba a domicilio. José tenía un camión con caja volcadora y hacía viajes cortos transportando arena y piedra de una cantera de la zona. Vivía en una casa muy linda que había levantado él solo. Con mi primo íbamos siempre a jugar a su casa porque tenía un jardín muy grande, unas hamacas y porque nos dejaba hacer lo que quisiéramos. Algunas tardes la veíamos llegar a la Chola con tres o cuatro hijos que tenían más o menos nuestra edad. Ellos dos se metían en la casa y nosotros nos quedábamos jugando. Sabíamos que por ninguna razón teníamos que entrar o llamarlos mientras estuvieran encerrados. Al rato salían y tomaban mate y la Chola nos hacía la merienda.

Entre sus hijos, había una chica un poco más grande que yo. No recuerdo su nombre, sí que era bonita y que de la noche a la mañana se convirtió en una mujer pequeña, de pechos grandes y caderas anchas que se apretaban en sus vestidos todavía de nena. También que una de esas tardes la que se encerró en la casa con José Bertoni fue ella, mientras la Chola se quedó en el patio tomando mate y nosotros seguimos jugando como si nada.

Visitar a un hombre solo que a cambio ayuda con plata es una forma de prostitución que está naturalizada en los pueblos del interior. Como la de la empleada doméstica que fuera del trabajo se encuentra con el marido de la patrona y esos encuentros le arriman unos pesos más al sueldo. Lo he visto en muchachas de mi familia, cuando era chica. A la noche, desde la calle, se oye un bocinazo. Ella, que está esperando, agarra su cartera y sale. Nadie pregunta nada.

Luego de la desaparición de Sarita, Olivero siguió visitando a su familia. Les llevaba algo de plata y bandejas de carne que sacaba de su frigorífico. Aunque la

madre sospechaba que él tenía algo que ver, que algo le había hecho a su hija, aceptaba los regalos tragándose la furia y el orgullo. Eran tan pobres que a veces no tenían nada para comer. Mirta estaba embarazada y estaban criando al hijo de Sarita. Con algo había que alimentar esas bocas.

La que les puso fin a estas visitas de caridad de Olivero fue Mirta. La última charla que había tenido con su hermana, le dio coraje para ponerle un coto la tarde en que el Chanco Cojudo trajo las bandejas de carne y quiso que ella empezara a ocupar el lugar que Sarita había dejado vacante.

De las tres ciudades donde nacieron, crecieron y fueron asesinadas las chicas, solo conozco de esos años una, San José. La recuerdo en mi infancia y adolescencia, como un lugar de paso obligado entre mi pueblo y la ciudad de Colón, donde vivía mi tía. Solo conocía San José desde la ventanilla del micro, nunca habíamos descendido ni caminado por sus calles, no teníamos ninguna razón para hacerlo porque no conocíamos a nadie que viviera ahí. Pero me parecía un lugar muy feo, desangelado.

Apenas entrar a la ciudad había que pasar enfrente del frigorífico Vizental. Las altas chimeneas del edificio siempre echando humo, día y noche, llenando todo el pueblo con su olor untuoso y pestilente a carne, cuero y huesos cocinándose. Si pasábamos a la mañana muy, muy temprano, me gustaba mirar a los empleados del frigorífico que cruzábamos en el camino: venían en dirección contraria a nosotros, hombres y mujeres en bicicleta, todos vestidos de blanco de pies a cabeza. Había algo irreal y extraño en esos ciclistas pedaleando lentamente por la banquina, la luz sucia de la mañana rodeándolos, por momentos parecía que flotaban: un batallón de fantasmas.

En la zona corrían rumores sobre la gente de San José: que hacían magia negra, que eran pendencieros, que los tipos siempre andaban con un cuchillo en la cintura, que las mujeres eran fáciles. Comentarios de pueblos de mayoría gringa y agricultores. San José era una ciudad fabril, casi todos vivían de algún modo del frigorífico. En el imaginario de sus vecinos, parecía que el humo negro y apestoso de Vizental contaminaba también la vida y las costumbres de sus habitantes. Eran obreros y eran pobres, se la pasaban el día carneando reses, fraccionándolas, poniéndolas a cocinar, metiéndolas en latas que luego se vendían en todos los supermercados del país. En cambio nosotros sembrábamos, cosechábamos, trabajábamos la tierra. Nuestro aire era limpio y puro, apenas ensuciado, cada tanto, por el olor a combustible de las trilladoras. Si a los bailes de Villa Elisa o de Colón caían sanjocesinos, tarde o temprano se armaba gresca. No porque la provocaran directamente sino porque para los nuestros la presencia de estos vecinos indeseables en alguna de sus reuniones, era en sí misma una provocación.

Cuando se conoció la noticia del asesinato de Andrea todos estos prejuicios parecieron encontrar su cauce y su razón. A nadie parecía extrañarle que un crimen tan brutal hubiera ocurrido en ese lugar. Enseguida se habló de sectas, de rito satánico, de hechicería.

Sin embargo, hay algo de ritual en la manera en que fue asesinada: una sola puñalada en el corazón, mientras estaba dormida. Como si su propia cama fuera la piedra de los sacrificios.

Tacho Zucco es escultor y vive en Chajarí, en el extremo nordeste de la provincia de Entre Ríos, en una casa que levantó con sus propias manos. Una casa sencilla y acogedora, con grandes ventanales que dan al patio, por donde entra toda la luz de un domingo soleado. Ahora que los cuatro hijos están estudiando en Buenos Aires, en la casa solo quedan él y Silvia, su mujer. La misma que era su novia y estaba embarazada cuando asesinaron a Andrea. Tacho y la chica muerta fueron muy amigos.

Un par de años antes del asesinato, él se mudó a San José, donde abrió una disquería y conoció a Andrea y a la hermana y al grupo de amigos de las chicas. El local atrajo enseguida a la juventud sanjocesina y alarmó a los adultos. Tacho Zucco era el forastero que traía esos casetes de rock y en su negocio se juntaban los adolescentes a fumar droga. Se sorprende cuando le digo que su nombre se repite seguido en el expediente. Es que entre las cosas de Andrea encontraron algunas cartas que él le había mandado.

Ella le parecía una chica preciosa, pero nunca tuvieron nada. No le hubiese gustado ser su novio porque los novios de ella sufrían mucho, porque ella estaba y no estaba, nunca terminaba de comprometerse o de entregarse. Con todo era así, recuerda, como si estuviera siempre flotando entre el cielo y la tierra.

En ese año y pico que vivió en San José, nunca se halló. El pueblo era muy distinto de Chajarí. Todo era más turbio.

Los muchachos tenían una costumbre, un juego, no sé cómo llamarlo, me cuenta. Le decían hacer un becerro. Marcaban a una chica, siempre de clase baja. Uno del grupo le hacía el novio. La seguía en la calle, le decía cosas, la seducía. Esto se hacía entre semana, no podía llevar muchos días porque el becerro se hacía el fin de semana, la conquista tenía que ser rápida. Una vez que la muchacha cedía, venía la invitación al baile del sábado. Primero a tomar algo en la confitería, después un paseíto en el auto. Nunca llegaban al baile. El auto se desviaba para el balneario o para algún lugar solitario. Allí esperaba el resto de la barra y la chica tenía que pasar con todos. Mejor dicho, se la pasaban de mano en mano. Después le daban plata para que se quedara en el molde. Yo acá en Chajarí nunca había escuchado nada por el estilo. Aunque hace un tiempo hubo un caso que me hizo acordar a lo de hacer un becerro.

Zucco se refiere al asesinato de Alejandra Martínez, una chica de diecisiete años que desapareció una madrugada de 1998, a la salida de un boliche, y apareció un mes después, muerta. Su cuerpo fue abandonado en Colonia Belgrano, a 10 kilómetros de Chajarí, en un predio rodeado de eucaliptos, medio oculto debajo de un montón de troncos. La encontró un peón de campo que se había metido allí buscando un animal perdido. Estaba semidesnuda y en avanzado estado de descomposición, le habían cortado los pezones y extirpado la vagina y el útero, y la yema de la mayoría de los dedos. Algunos testigos dijeron haberla visto en el barrio a las seis de la mañana de ese día, otros que unos tipos la habían subido a un remis y una vecina aseguró que escuchó gritos pidiendo auxilio y enseguida vio que el padrastro de la chica subía algo pesado a su auto y se marchaba de la casa. Por el crimen, el padrastro estuvo detenido dos años, aunque nunca hubo pruebas concretas en su contra y finalmente fue sobreseído y puesto en libertad. Para los habitantes de Chajarí, que realizaron varias marchas de silencio pidiendo justicia por Alejandra, el padrastro fue el chivo expiatorio en un caso donde siempre se habló de una fiesta privada de hijos de políticos y funcionarios policiales.

La esposa de Zucco ceba mate. Cuenta que se decía que en el asesinato de Alejandra Martínez estaba metido el hijo de un cirujano famoso, que el padre se habría encargado de vaciarla, aunque no sabe con qué objeto, si para tapar una violación, para borrar pruebas o qué. También que la habían tenido metida en un freezer varios días hasta tirararla ahí en el descampado, la habían tenido freezada mientras resolvían qué hacer.

Ella tampoco tiene buenos recuerdos de San José. Cuando iba a visitarlo a Tacho y participaba de salidas o conversaciones con las chicas, había cosas que le daban rechazo.

Por ahí te parece una pavada. Pero me acuerdo que en esos años recién habían aparecido las colaless. Y por ejemplo una del grupo se había comprado una y la compartía con el resto. Si alguna iba a tener un encuentro esa noche, le pedía el calzón a la amiga. ¿Entendés? Esas cosas no me gustaban. Siempre, todo, me daba una sensación de promiscuidad. Aunque la verdad es que también estaba un poco celosa porque Tacho era amigo de ellas y yo me sentía una mojiata, dice y se ríe.

Como Tacho había cerrado la disquería y se había instalado otra vez en Chajarí, se enteraron de la muerte de Andrea recién varios días después. Alguien se lo comentó, pero no le dijo cómo se había muerto y él pensó en un ataque al corazón, algo repentino, tristísimo, pero una muerte natural. Viajó para ver a Fabiana y al grupo de amigos que había hecho en esos meses. Apenas bajó del micro, una conocida que encontró en la terminal, le contó los detalles. Después de ese día, nunca

más pisó el pueblo. Ni volvió a comunicarse con Fabiana ni con nadie del resto de la barra.

En el expediente, estos detalles son descritos de la siguiente manera:

Sobre una cama de madera de 1.90 cm de largo por 90 cm de ancho y 50 cm de alto, la cual está ubicada sobre la pared del lado oeste de la pieza, con la cabecera para el lado de la pared del lado sur y contra ambas paredes, se encuentra el cuerpo de la señorita María Andrea Danne, en posición de boca arriba, con la cara ligeramente inclinada hacia la derecha, reposando sobre la almohada, con mucha sangre sobre su pecho, sábana, colchón, parte de la cama, es decir el resorte del lado derecho, y un charco de sangre en el piso, al costado derecho de la cama, la misma se encuentra sin vida, tapada hasta la cintura con una sábana y un acolchado, con ambas manos sobre el vientre, estando vestida con una musculosa color rojo, manchada con su sangre, y una bikini. Debajo de la cama se observa una sandalia de cuero color marrón y, al costado de la cama, sucia con sangre, la compañera del par, presumiblemente las que tenía puesta la infortunada. En la cama no se observan prendas de la misma desordenadas, es decir que no hay signos de violencia, los cabellos de la muerta están arreglados.

Tacho Zucco no sabe quién podría haberla matado ni por qué. Cuando le cuento que en el inconsciente colectivo de la ciudad los asesinos son los padres de Andrea, me mira extrañado. Más que extrañado, notablemente impresionado.

Al rato —ya nos despedimos y estoy metida en un remis yendo para la terminal de ómnibus—, me manda un mensaje de texto: la historia de Abraham e Isaac, no puedo creer.

De nuevo, la idea del sacrificio.

La primera vez que hablé con Yogui Quevedo, el hermano que vivía con María Luisa cuando la asesinaron, lo hice desde Buenos Aires. Una periodista de Sáenz Peña me había pasado su número de teléfono celular. La comunicación era mala y se entrecortaba a cada rato. Salí al patio a ver si la cosa mejoraba. Un poco, pero no lo suficiente. Le pedí que él también saliera y entonces sí pudimos hablar más fluidamente. Yogui no estaba en el patio sino en la vereda. La señal era pareja, pero ahora la interrupción venía porque a cada rato alguien saludaba a mi interlocutor y él le respondía.

Es que acá me conoce todo el mundo, me dijo.

Pasaron unos pocos meses hasta que pude viajar al Chaco para entrevistarlo. Tengo familiares en Villa Ángela, una ciudad a 100 kilómetros de Sáenz Peña. En la

misma casa en la que voy a hospedarme, un par de años atrás leí el artículo de diario que me llevó a María Luisa.

Apenas me instalo lo llamo y quedamos para el día siguiente a la tarde. Sus indicaciones me llaman la atención, pero las acepto. Cuando esté llegando en el micro que me llevará a Sáenz Peña por la tarde, debo enviarle un mensaje de texto y él me indicará dónde nos encontraremos.

Le mando el primer mensaje cuando el colectivo atraviesa el arco de hierro con la leyenda Ciudad Termal Bienvenidos. El segundo ya entrando a la terminal de ómnibus. Desciendo en un andén donde un montón de gente espera el coche que los lleve a destino y otra cantidad a los recién llegados. Como la mayoría de las terminales de provincia, está sucia y descuidada.

Busco entre los hombres que esperan pasajeros a ver si puedo reconocer a Yogui, aunque nunca vi una foto suya. Nada. Todos los que esperan con las caras ansiosas, van dibujando sonrisas a medida que abrazan y se ofrecen a ayudar con los bolsos y las valijas. El andén va quedando vacío y yo me quedo cerca del micro, por las dudas, hasta que el valijero cierra la bodega y el vehículo retrocede, dejando la dársena libre para el próximo coche.

Tengo ganas de hacer pis. Pero me da miedo que él llegue justo cuando yo esté en el baño. Así que le mando otro mensaje: llegué, voy al baño, espéreme.

En el baño, una mujer sentada a una mesita, ofrece pedazos de papel higiénico doblados y servilletas de papel. Hay un fuerte olor a creolina y hace mucho calor, las mujeres entran y salen de los cubículos, hay cola. Cuando por fin es mi turno, entro al baño pero no hay agua en el depósito del inodoro.

Apenas sale un hilito de la canilla del lavamanos. Me mojo la punta de los dedos, como en la pila bautismal, y salgo rechazando la servilleta de papel.

Por supuesto, Yogui Quevedo no está esperándome así que lo llamo. Me atiende el contestador. Dejo un mensaje. Espero. Vuelvo a llamar. Hago cinco llamadas más en la próxima media hora. De repente me acuerdo que, en esa brevísima comunicación que mantuvimos hace un tiempo, me dijo que sus hermanos tenían una agencia de viajes. Me meto en un locutorio y pido una guía telefónica. Anoto una dirección y me tomo un remís.

Cuando entro en la agencia de turismo, el muchacho que atiende me recibe con una sonrisa. Debe ver en mí a una potencial cliente. Cuando le explico que no quiero comprar ningún paquete y le cuento la verdadera razón por la que estoy sentada frente a él, lo veo desinflarse y me da pena. Pese a haberlo defraudado, sigue tratándome con amabilidad. A pocas cuadras de allí, hay unos muchachos que tienen una agencia de tours de compras, debe ser esa la que busco, aunque no está seguro si son de apellido Quevedo.

Le agradezco y salgo a la calle donde no corre una gota de aire.

La dirección indicada no se parece a la oficina vidriada, empapelada de paisajes paradisíacos, que acabo de dejar. Esta está en la planta baja de un edificio de dos

pisos que se cae a pedazos y los vidrios rotos están remendados con pedazos de cartón. Después voy a enterarme que el edificio es de Carlos Janik, uno de los forenses del caso Quevedo. Unos meses atrás le había escrito a Janik con la intención de entrevistarlo y él me había respondido que no solo no tenía recuerdos del caso sino que tampoco sabía qué había sido de la familia de la chica como para contactarme con ellos.

La oficina está cerrada y aunque toco el timbre y golpeo la puerta, solo me responden los ladridos del perro de un vecino. Afuera hay un pizarrón que dice: Viajes a Bolivia y La Salada. Y un número de teléfono celular. Marco. Suena un par de veces y me atiende un hombre.

Le cuento por qué lo llamo y me responde que su hermano debería estar en la agencia, que si no está allí, no sabe dónde puede estar, que no sabe dónde vive actualmente. Que él está en Bolivia, con un tour, y que debe cortar porque está manejando.

Con el teléfono en la mano, me siento en un muro de ladrillos que se levanta donde empieza la vereda. Respiro hondo y marco una vez más el número de Quevedo. De nuevo la máquina que me dice: no está disponible, deje su mensaje después de la señal. Le dejo un último mensaje cortante, sin preocuparme en disimular mi enojo.

Regreso a la terminal y compro un pasaje en el próximo micro a Villa Ángela, por suerte ya casi está por salir. Me resigno a pasar otras dos horas y media arriba de un colectivo desvencijado (sí, dos horas y media fue lo que tardé viniendo, dos horas y media para realizar un trayecto de 100 kilómetros), sin baño, sin aire acondicionado, que para cada cinco minutos, esos que en el interior llamamos lecheros.

Apenas habilitan el ascenso, busco un asiento con ventanilla, al menos podré ir mirando el paisaje y tomando el aire caliente que entre desde el camino. La cuerina del asiento supura gomaespuma por los reventones y es imposible reclinarsse pues el mecanismo está trabado. Enseguida se llena de gente, pero el asiento a mi lado sigue vacío. Pienso que quizá la cuota de buena suerte que no tuve en toda la tarde, por fin se manifieste y viaje sin compañía inmediata.

El ómnibus traquetea marcha atrás y vamos saliendo de la dársena, da una vuelta y también salimos de la terminal. Hasta que por fin abandonemos la ciudad, va a parar cada una o dos cuadras y hasta dos veces en la misma cuadra, para levantar a los pasajeros que esperan sin orden y sin plan, en el punto de la cuadra donde hayan depositado su bolso, sin dar un paso de más, aunque a cincuenta metros haya otros pasajeros esperando probablemente este mismo micro.

En una de las paradas sube una chica robusta y rubia, con varias bolsas en la mano. Camina por el pasillito medio de costado hasta dejarse caer a mi lado. Es grandota en serio, del tipo europeo del este que abunda en la zona. Me aplasto cuanto puedo contra la ventanilla y la abro también todo lo que puedo. El perfume dulce de la chica me marea. Y el viaje recién empieza.

Tomo aire con inspiraciones cortas y profundas y trato de pensar en otra cosa.

Jesús Gómez, a quien la familia de María Luisa señala como su asesino, fue el dueño de una empresa de colectivos como esta. Hace treinta años su flota de coches recorría la provincia, uniendo ciudades y pueblos pequeños.

Un antiguo chofer de su empresa, que además tuvo una relación de amistad con Gómez, me lo describe como un mujeriego empedernido, aun en aquellos años cuando ya pisaba los setenta.

Le gustaban de más las muchachas muy jovencitas, todo el mundo lo sabía. Los mismos empleados se las conseguían para sacarle plata.

Según algunas versiones, María Luisa era una de estas muchachitas que frecuentaban a Gómez.

Saco un sobre de papel madera de la mochila y busco entre las fotocopias de recortes, alguna foto del hombre. Encuentro una sola, borrosa. Está entrando a Tribunales, así dice el epígrafe, para someterse a un careo con dos testigos. Es un anciano de anteojos y tiene puesta una guayabera.

Me acuerdo de una conversación que tuve con un amigo, en Resistencia, el mismo día que fui a los archivos del diario *Norte* a consultar los artículos sobre el crimen, de donde saqué este recorte con la foto de Gómez. Fuimos a almorzar unas milanesas de surubí y hablando sobre el caso me contó que hacía unos años estaba reunido con unos compañeros de militancia en un comedero de la zona de la terminal de ómnibus. En una mesa próxima, un tipo de unos cuarenta años tomaba una cerveza y una nena de doce comía un sánduche. No eran padre e hija. Aunque él no llegaba a escuchar la conversación, los gestos, las miradas, el cuerpo del hombre que cada vez se echaba más sobre la mesa, daban a entender que en cuanto la chiquita terminara su pebete de jamón y queso, la reunión seguiría en otra parte. En alguna pensión de mala muerte de las que rodean la terminal o allí mismo, en los baños. El tipo estaba pagando por adelantado, con una comida al paso, lo que tomaría después.

Miro por la ventanilla. Ya salimos de la ciudad y está anocheciendo. Estamos pasando por el zoológico. Cogoteo a ver si logro ver a los animales, pero los árboles y arbustos que rodean el predio me lo impiden. Solo llega el olor del bicherío traído por el aire pesado y la lenta velocidad del colectivo. Pelos, plumas, celos, crías, excremento. Y del agua estancada de las bateas y las lagunitas artificiales.

Llego a Villa Ángela frustrada, cansada y transpirada. Pero es sábado. Recién el lunes volveré a intentar dar con Yogui Quevedo. Hoy es la última noche de carnaval. No soy una entusiasta de las comparsas, pero si estás en Villa Ángela, General San Martín o Quitilipi es casi una obligación participar del carnaval.

Debe hacer unos 40 grados a la luz de la luna, sobre el corsódromo que se levanta frente a la vieja estación de ferrocarril, hoy devenida centro cultural. De un lado de la calle están montadas las tribunas. Es el sector popular. Del otro lado hay mesas y sillas desde donde se puede ver el espectáculo con un poco más de comodidad. Por ser la última noche de carnaval, la entrada es gratis. Pero las sillas y mesas se pagan a un precio muy alto y hay que reservarlas con bastante anticipación. Pertenezco a los privilegiados que ocupamos este lado del corsódromo. Este año o esta última noche, no lo sé, no hay servicio de mozos como alguna otra vez que vine. Unos tablones sobre barriles de aceite, levantados en las calles aledañas, son el expendio de choripanes y cerveza, servida en esos vasos de plástico de un litro en los que cabe la botella entera. No es muy práctico porque hay que hacer equilibrio para que no se derrame buena parte de la bebida antes de llegar a la mesa y además se calienta rápido. Pero es una medida prudente: noche de carnaval, corazones inflamados, vidrio a mano siempre puede terminar en tragedia.

Algunas ciudades chaqueñas, como Corrientes o Entre Ríos tienen una larga tradición de carnaval al estilo Río de Janeiro: grandes comparsas con bailarinas ligeras de ropa, espaldares de plumas de pavo real —las más costosas— y de plumas de avestruz teñidas, el resto. Alguien, en mi mesa, cuenta que a las plumas las traen desde África. Hacen una primera parada en Brasil donde las lavan y las tiñen de hermosos colores. Alguna vez se intentó fabricar plumas artificiales para abaratar los costos, pero no sirvieron. Las plumas artificiales no tenían la gracia ni la soltura de las verdaderas. Además de las plumas, millones de lentejuelas y canutillos cosidos a mano en los trajes y en las botas. A las botas de todas las comparsas las fabrica un amigo mío: son de tela resistente, con un cierre relámpago y taco. Una vez salidas de su pequeña fábrica, grupos de mujeres voluntarias (algunas fueron bailarinas de más jóvenes, otras nunca se animaron) se dedican al bordado minucioso: en las primeras siestas bochornosas de octubre, sentadas a la sombra de los árboles, tomando tereré, dan las primeras puntadas y siguen así, los ojos enceguecidos por el brillo del sol en las lentejuelas, hasta fines de enero.

En Villa Ángela hay dos comparsas antológicas, una tercera un poco más joven y siempre una cuarta que florece y muere en ese solo carnaval. Las dos divas que se reparten la hinchada son Ara Sunú —la popular, la de los del otro lado de la vía, la que tiene las chicas más lindas y también los mejores cuerpos masculinos forjados por el trabajo en la construcción y en el desmonte—, y Hawaianas —la concheta, la de chicas más lavadas y muchachos de gimnasio, pero también la que tiene la mejor escola do samba. Ara Sunú, en guaraní, significa tiempo tormentoso o trueno. Hawaianas no tiene ningún significado oculto, pero sí una particularidad y es que los locales pronuncian Aguaiana respetando a ultranza la hache muda y comiéndose la ese final. Como ocurre con el fútbol, los villangelenses son fanáticos, hinchas, de una o de otra.

Esta noche estoy en una mesa de devotos de Hawaianas, aunque secretamente mi corazón está con Ara Sunú.

La tercera en trayectoria alguna vez fue la de la discordia, pues surgió de una pelea del matrimonio que dirigía Hawaianas: se separaron conyugalmente y en la repatija de bienes él se llevó a unos pocos fieles y formó esta, ahora bien constituida, que se llama Bahía. Y la flor de un día este año es Samberos de Itá Verá, que desfilará última, pagando su derecho de piso.

Al contrario de las comparsas cariocas en estas no hay una sola travesti. En esta ciudad de descendientes gringos de las primeras inmigraciones que poblaron el país y de otras más tardías de europeos del este, la gente es conservadora. Ni travestis ni homosexuales de toda laya se ven aquí con buenos ojos. Sin embargo, es inevitable que algunos maricas se cuelen en las sagradas filas del carnaval y aprovechen esas cuatro noches locas para gastar taconeando el concreto del corsódromo, con el bulto en alto, meneando las diminutas sungas brillosas al son de la batucada.

Pasa la primera comparsa, Ara Sunú, y cuando anuncian la segunda, pienso que es un buen momento para ir al baño: en los intervalos es imposible.

De todos modos hay cola frente a los dos primeros baños químicos que encuentro. Aunque no tienen ningún cartel que diga damas o caballeros, las hileras se arman según el género de quien esté esperando. Delante de mí dos nenas de diez u once años y otra de cinco. Frente al cubículo de al lado, seis tipos. Ese sector de la calle está oscuro y los baños ubicados al lado de una obra en construcción. Las nenas, adolescentes en ciernes, vestidas con shorcitos y musculosas que se aprietan contra los botones de sus tetas que ya empiezan a leudar, ensayan pasitos en el lugar, quebrando las muñecas como las chicas mayores que se lucen en el corsódromo, se critican entre ellas algún movimiento, una le explica a la otra cómo hacerlo bien. Algunos de los tipos que esperan su turno en el baño las miran. Me incomoda que las miren, aunque en la penumbra no logro distinguir cómo las miran. Cuando sale la nena más chiquita acomodándose la calza rosa, otra de las nenas me cede el lugar. Aunque me estoy haciendo encima, le sonrío y le digo que no, que pasen ellas, que yo me quedo vigilando la puerta. Y a esto lo digo en voz más alta para que me escuchen

nuestros vecinos de excusado. Por si acaso.

El resto de la noche repetirá el mismo esquema: paso de la comparsa de unos doscientos y pico de integrantes, intervalo con guerra de nieve, idas al baño y a los puestos de víveres y así hasta la madrugada.

Cuando por fin nos estamos yendo rumbo a los autos estacionados en un predio, me llama la atención una voz todavía infantil que grita: vó a mí no me va a cogé, qué te pensá, negro puto, puto e'mierda. Una nena de unos doce años, parecida a mis compañeras de cola en el baño, morocha, flaquita, seguida por un séquito de changuitos más o menos de su edad, se pelea a gritos con un grupito de varones. Aunque sus contrincantes ya tienen la boca cerrada y se van retirando avergonzados por el pico sucio de la flaquita, ella los busca para seguir gritándoles de todo.

Una changuita carnavalera revoltosa. Una nena sola en una noche de carnaval.

En la sobremesa del domingo Coco Valdez, mi suegro, me cuenta de la vez que a él le tocó ver a una chica muerta. Una noche estaban cenando en la casa de los padres de su mujer, que tenían una fonda frente a la estación de ferrocarril. Golpearon y él salió a ver quién era. Un muchacho conocido, de apellido Lencina, le preguntó si le prestaban el teléfono para llamar a la policía. Sí, claro, que pasara, pero ¿qué ocurrió? En un baldío, ahí cerca, Lencina había encontrado tirada a una mujer. No podía asegurarlo porque era de noche, aunque había buena luna, pero le parecía que estaba muerta, no se animó a tocarla.

Esperaron en la fonda, cerrada a esa hora, a que llegara la policía. El oficial vino en bicicleta porque tenían el patrullero en el taller mecánico.

¿Usted anda con vehículo?, le preguntó a Coco. Venga, acompáñenos.

Lencina los guio por el descampado. Al borde de un sendero que se había formado con el paso de la gente que siempre cortaba camino por ahí, entre los yuyales, encontraron a la chica. Cuando el oficial le alumbró la cara con una linterna, los tres se miraron sorprendidos. Era una Carahuni, la hija de una familia tradicional del pueblo, pariente del Coco Carahuni, un reconocido corredor de autos. A la muchacha la habían apuñalado en el estómago.

Valdez llevó en su camioneta el cadáver de la chica, al oficial de policía y a Lencina que de testigo pasó enseguida a sospechoso, aunque al día siguiente lo dejaron libre. El muchacho no tenía nada que ver, solo había tenido la mala suerte de pasar por el baldío.

El crimen de la Carahuni sigue siendo un misterio cuarenta años después. Al tiempo, por el asesinato de la chica, cayó preso un rosarino que se había mudado a Villa Ángela por esos años, pero nunca se conoció el móvil. Parece que el hombre habría amenazado a su mujer: si no te dejás de joder, te voy a hacer lo mismo que le hice a la Carahuni. Y ella lo denunció a la policía.

Alguien recuerda un caso más reciente, del 97, el de Andrea Strumberger, una

muchacha de dieciséis años, estudiante de secundaria. Era evangelista y ese domingo salió de su casa, en su ciclomotor, para ir al templo de la iglesia evangélica Asamblea de Dios. Nunca llegó a destino y al día siguiente hallaron su cuerpo en un descampado. Había sido violada y asesinada a golpes. Por el crimen fue detenido su cuñado, una cara conocida por todos pues era el familiar que más enfáticamente reclamaba por el esclarecimiento del caso.

El lunes vuelvo a Sáenz Peña. De prepo, sin llamar, sin acordar ni hora ni lugar. Llego a la mañana. Como sea voy a encontrar a Yogui Quevedo y vamos a charlar.

Tampoco será sencillo. El hombre bien dispuesto con el que hablé por teléfono hace unos meses, de golpe se ha vuelto esquivo.

Apenas llegada, lo llamo al celular. En los primeros intentos nada, siempre el contestador automático.

Es media mañana y estoy en el centro de la ciudad. El día anterior la vi desde arriba de un micro primero, desde arriba de un remís después, la caminé unas pocas cuadras. Hoy tengo más tiempo y como Yogui no me atiende, camino por la peatonal buscando un bar. El calor aprieta y algo fresco en un lugar con aire acondicionado estaría bien. Esperar a la sombra.

La calle peatonal San Martín tendrá unas diez cuadras que recorro de arriba abajo mirando vidrieras. No hay bares. En mi expedición descubro solo uno. Miro desde afuera y hay varias mesas ocupadas, todas por hombres de cincuenta para arriba, tomando whisky o cerveza, fumando y hablando fuerte. Seguramente se me pasó más de uno en mi recorrida, pienso, y vuelvo a subir y a bajar la calle. Pero no, ese bar de los tipos gritones parece ser el único. Pregunto en un kiosco: dónde hay un bar para tomar una gaseosa, que sea tranquilo. Me indican una heladería. No quiero un helado, sino tomar algo fresco. Sí, ahí mismo también. Voy desconfiada, me habrá visto cara de forastera y me está haciendo un chiste. Pero no, el bar que estaba buscando es una heladería. Después me entero de que en Sáenz Peña casi no hay bares. Los adolescentes y los jóvenes no acostumbran a ir a un bar a tomar algo, si no que estacionan sus autos, motos y camionetas enfrente de los kioscos y toman en la vereda hasta que se hace la hora de ir al boliche.

En la heladería pido una Sprite y me traen una botella de un litro, más chica no venden. Casi una premonición porque la espera será larga. Luego de otros intentos fallidos, por fin alguien atiende el celular de Yogui. No es él; otro hombre me dice que sí, que es el número de Quevedo, pero que no puede atenderme porque está en una reunión, que lo llame al mediodía.

Saco de la mochila un libro que me prestaron. Se llama *Veinticinco crímenes de la crónica policial saenzpeñense*, del historiador local Raúl López. Una historia me atrae, es la de la polaca y el paraguayo, fechada en la década del cincuenta.

Rosa era hija de polacos, deportista y empleada en una tienda, La ideal, esas grandes tiendas que vendían de todo: ropa, zapatos, vestidos de novia, cortes de tela, blanquería, para la dama, el niño y el caballero. Como capitana del equipo femenino de vóley había ganado un puñado de medallas y trofeos provinciales y nacionales. La foto que ilustra la crónica, la muestra en un viaje con sus compañeras de equipo: era una muchacha hermosa, robusta y saludable. En el mismo club de su gloria deportiva, conoció a quien sería primero su amante y enseguida su asesino: Juan, un muchacho oriundo de Paraguay que entró a trabajar en el bar del club. La atracción fue inmediata: ella un poco cauta, tímida; él, arrollador, insistente, pegajoso como el olor de los azahares que siembran las calles de su patria. Empezaron a noviar. Aunque los padres de ella se oponían a la relación, Rosa estaba dispuesta a todo, nunca había estado así de enamorada, nunca nadie le había susurrado esas palabras dulces al oído, nunca se había sentido tan mujer y tan deseada como sobre esa cama de pensión donde se revolcaba con Juan cada vez que se escapaba de su casa.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que su novio se mostrara tal cual era: un macho posesivo, celoso, violento. Rosa, enamorada y todo, era una mujer de carácter. La capitana del equipo femenino de vóley se sobrepuso a la novia ilusionada y cortó la relación. Por supuesto, Juan no se lo tomó con calma. A los ruegos y juramentos apasionados, siguieron las amenazas. Y una carta publicada en el diario del pueblo contando hasta el último detalle de sus relaciones amorosas con la muchacha. Un equivalente a los videos que más de cincuenta años después suben a internet los amantes despechados: la exposición pública de la intimidad de una mujer. Seguramente Rosa habrá creído que más lejos no podía llegar, que no había nada peor para una chica como ella, decente, trabajadora, que ser desnudada y violentada por esa carta. Habrá pensado que si había sobrevivido al escarnio público de su ex novio, él ya no tenía otras armas para doblegarla. Se acostumbró a vivir acechada: allí adonde fuera, en algún momento se lo topaba. Abandonado, se había vuelto un borracho y había perdido su trabajo. Así que no solo la perseguía sino que cuando se la cruzaba la insultaba a los gritos, las palabras trabadas por el vino, siempre ofensivas.

Por precaución trataba de no andar nunca sola. Su madre la acompañaba todos los días al trabajo, la iba a buscar a la salida. Una mañana iban las dos del brazo. Lo vieron en una esquina, pero ya estaban acostumbradas así que siguieron caminando, indiferentes, erguidas, con paso rápido. Tan decididas a ignorarlo que habrá sido una sorpresa la mano en el hombro de Rosa, desde atrás, girándola, los ojos enrojecidos de Juan como suplicando de nuevo, la misma mano atrayéndola hacia él, la otra clavándole el puñal, ella cayendo, los dos cayendo sobre la vereda, él apuñalando una y otra vez, la madre de ella gritando, corriendo en busca de ayuda. Rosa mirándolo fijo, todavía sin entender. Tardando en morir. Él encima de ella, metiendo y sacando el cuchillo. Ella debajo de él como en la cama de la pensión. Él todo salpicado de sangre. No aguantando la mirada de los ojos claros de Rosa, Juan le

abrió la garganta de lado a lado. Para clavarse después el mismo puñal en las entrañas. Los dos cuerpos encimados ensangrentando la vereda, cerca de la tienda.

Más temprano, mientras caminaba, pasé enfrente de la Casa de la Cultura, un gran edificio antiguo, remozado. Una placa decía que antes había sido la tienda La ideal. Abandono la heladería y camino despacio hasta allí. En algún punto de esa cuadra, fue asesinada Rosa.

Son las doce en punto y vuelvo a llamarlo a Yogui. Por fin es él quien responde. Le digo que estoy en la ciudad, que vine a entrevistarlo. Que vine el sábado como habíamos quedado, pero que no pude dar con él, que nunca respondió mis mensajes ni mis llamados. Me dice que estuvo toda la tarde en un acto con el gobernador. Que en media hora nos vemos en la agencia de viajes de sus hermanos.

Estoy a pocas cuadras, no más de cinco minutos, así que me cruzo a la plaza principal y me siento en un banco a esperar que pase el rato.

Cuando estoy en hora y voy llegando, veo a dos hombres que conversan en la vereda. Uno de ellos debe ser Yogui, pienso, sin decidirme por ninguno, por la edad podría ser cualquiera de los dos. Los saludo y me presento, entonces uno de ellos, bajito, morocho, con los ojos grandes y rasgados como los de un ciervo, me extiende la mano. Pensé que era una señora grande, me dice sonriendo con cierta galantería. Le explica al otro, que también me da la mano, que soy de Buenos Aires y que voy a escribir un libro sobre su hermana. El hombre asiente y se despide. Yogui me invita a sentarme en el mismo murito donde ya estuve sentada. Siento el cemento caliente a través de la tela del jean. Me cuenta que está esperando que llegue la combi de Bolivia, que los hermanos vienen de un viaje. Le digo que sé, que hablé con uno de ellos por teléfono, que cuando no daba con él como habíamos quedado, llamé al número de celular que está en el pizarrón. Me mira serio y me pregunta si le dije a su hermano por qué asunto era. Le digo que sí. Menea la cabeza. No, no, me dice, ellos no quieren saber nada, el único que sigue adelante con todo esto soy yo, que mejor nos encontremos más tarde, que a ellos no les va a gustar llegar y que yo esté acá con él, que además tiene que trabajar, que él trabaja con ellos, remarca, como si mi presencia allí pusiera en riesgo su fuente de trabajo.

A las cinco acá, a la tarde estoy solo.

Termina de decir esto cuando estaciona la combi blanca, llena de gente y de bártulos. El chofer baja, saluda al hermano y a mí me mira de reojo y sigue caminando hacia la oficina. Yogui no nos presenta.

Nos vemos más tarde, me dice, ahora no puedo hablar. Y me extiende de nuevo la mano.

Miro la hora en mi celular. Para las cinco faltan más de cinco horas. Vuelvo a

caminar la peatonal de arriba abajo. Ahora busco un restorán. No hay muchas opciones. Me decido por uno en el extremo más cercano a la plaza, pues sé que en la plaza deberé pasar todas las horas que faltan hasta las cinco.

Pido un sángxuche y un agua mineral. Miro el noticiero y cada vez que quiero agarrar el vaso siento el tirón del hule pegado al brazo. Los parroquianos son pocos. Mi vista va del televisor a la ventana que estará más animada que la pantalla hasta la una y cuarto. A partir de entonces, desierta, inmóvil. La ciudad se detuvo y seguirá así hasta las cinco.

Me tiro en un banco a la sombra y me saco las zapatillas. Froto las plantas de los pies sobre el pasto duro, cortado al ras. Hace mucho calor. Ni una brizna de viento. Las únicas ánimas levantadas a esta hora somos un cincuentón de cabello renegrado con un bolsito de mano, un artesano que dormita echado en el suelo con la cabeza apoyada en su mochila, dos adolescentes que se besan medio ocultos por un árbol, y yo. Ni gente, ni autos, ni perros. Todos encerrados a cal y canto en sus casas, esperando que la bravura del calor amaine. Si afino el oído creo que puedo escuchar el runrún suave de los splits, el traqueteo motoril de los viejos aires acondicionados, el plás plás moroso de los ventiladores de techo. Los envidia. Tendría que haber buscado un hotel, aunque sea para pasar la siesta.

Enfrente se levanta la catedral, magnánima. Cuanto más dejado un sitio de la mano de Dios, más imponente el edificio que lo honra. El día que desapareció María Luisa la catedral y esta plaza habrán estado repletas de fieles adorando a la Inmaculada Concepción. Quizá hasta pasó por aquí, desapercibida entre el gentío, para dejarle una flor a la virgencita. Desde mi sitio en la plaza, observo que está cerrada. Qué pena. Me hubiera gustado entrar: las iglesias siempre son frescas.

Decido no volver a mirar a la hora. Cada vez que saco el teléfono y lo hago, pasaron apenas unos pocos minutos. Pongo la alarma a las cinco menos cinco.

De repente los veo aparecer en una punta de la plaza. No sé si son reales o parte de un sueño. De lejos se ven difusos, los contornos de las figuras tiemblan como si fueran un espejismo. Cuando están más cerca, me doy cuenta de que son de verdad. Dos hombres menonitas con jardineros de jean, camisas a cuadros arremangadas hasta el codo, zapatos negros acordonados, sombreros blancos y bolsos en la mano. Atrás, ahora que avanzan entran en mi campo de visión, dos mujeres con vestidos floreados, delantales y pañuelos azules cubriéndoles el cabello. Una de ellas lleva un bebé entre los brazos. Cerca de la ciudad hay una colonia menonita. Adentro de los bolsos deben llevar los quesos y los productos caseros que fabrican y vienen a vender.

Cruzan la calle, buscando la sombra de la vereda. Los veo caminar despacio, también prisioneros de la siesta. Se detienen frente a la enorme vidriera de un local de electrodomésticos y se quedan mirando como compartiendo una travesura, un pecado venial: engordar la vista un rato con aquellos inventos prohibidos.

Hago como el artesano y me tiro de espaldas sobre el banco con la mochila debajo de la cabeza. En algún momento se ve que me duermo porque me despierto en

medio de un sueño en el que miles de chicharras cantan al mismo tiempo. Es la alarma del teléfono que vibra adentro de la mochila. Son las cinco menos cinco.

Me incorporo y me pongo las zapatillas. De a poco empieza el movimiento. La calle se llena de ciclomotores. Algún auto, alguna bicicleta, gente de a pie. A las cinco abren los negocios.

Paso por una estación de servicio y pido las llaves del baño. Me lavo la cara, me acomodo el pelo, me meto un chicle en la boca. Siento que el corazón me late más rápido. Por fin voy a poder conversar con el hermano de María Luisa.

Pero no a las cinco como habíamos quedado. Yogui Quevedo me hace esperar todavía una media hora, sentada otra vez en el bendito muro.

Mientras lo espero, me parece que me observan. Levanto la cabeza y miro hacia los grandes ventanales rotos del edificio que sigue dos pisos por encima de la oficina de los Quevedo. Me parece que una cortina se mueve. Me inquieto un poco. Escribo un mensaje y lo mando. Yogui me responde que está viniendo. Todo con letras mayúsculas como si me estuviese gritando, como si todavía la distancia que nos separa fuera demasiado grande para que yo pueda escucharlo. Y debe ser porque tarda unos quince minutos más en llegar.

Por fin lo veo aparecer en la esquina y cruzar la calle, sonriéndome. Me estira la mano. Está recién bañado, el cabello negro lustroso pegado al cráneo, y huele a alguna colonia para después de afeitarse que me recuerda a una que usaba mi padre. No se disculpa por la tardanza.

Saca una llave y abre la puerta. Entramos a un localcito oscuro y pobre. Deja el sobre que trae en la mano encima de la mesa de fórmica desvencijada que oficia de escritorio y me dice que me acomode tranquila nomás. Me siento en una de las tres sillas, también de fórmica. Él acomoda un ventilador cerca de la puerta abierta. Miro. Enfrente hay un gran modular de algarrobo con un montón de botellas de licor y whisky enfiladas y llenas de tierra. Las deben comprar en esos viajes que hacen a la frontera, con el fin de revenderlas, y después van quedando ahí, arrumbadas. Además de esta mesa hay otra más pequeña, al fondo, que sostiene un anafe enganchado a una garrafa de gas. Lo enciende y pone agua a calentar. Mientras prepara el mate, hablamos del clima. En la radio dijeron que a la tardecita va a llover, pero el cielo está azul, sin una nube.

Se arrima a la mesa con el mate pronto y se sienta. Empuja el sobre hacia mí.

Te traje algo.

Lo miro, miro el sobre, pero me quedo quieta.

Es una foto de mi hermana.

Todavía no vi ninguna foto de María Luisa. Solo un retrato a lápiz en el diario. Me gustaría saber cómo era ella realmente. El dibujo que vi era tosco, parecía uno de esos identikits que confeccionan en la policía. Sin embargo, las manos no me responden y sigo mirando el sobre sin abrirlo, sin tocarlo siquiera.

Es una foto de ella en la morgue, me dice por fin.

Siento un hueco en la panza.

No sé si te vas a animar a verla. Se la compré a un fotógrafo de la policía.

No comprendo por qué alguien querría tener una foto así. No llego a preguntárselo que me lo cuenta: como acá no me daban pelota, me contacté con una revista de Buenos Aires, de casos policiales, creo que era la *Esto*. Y bueno, viste cómo son esas revistas, les gusta el morbo. Y yo quería que el caso de mi hermana se conociera en el resto del país, a ver si así acá hacían algo.

No me alcanza su explicación, pero agarro el sobre y de un tirón saco la foto, es una copia de tamaño grande. La miro un instante. Pobrecita. Miro adentro del sobre esperando que también haya traído una de María Luisa viva. Pero no hay nada más. Levanto la vista y él me está observando.

Viste cómo estaba. Completamente desfigurada. Yo pude reconocerla por una cicatriz que tenía en la pierna, de una vuelta que yo le tiré con un pasacasete.

¿Le tiró con un pasacasete?

Sí, estábamos discutiendo. Pavadas de hermanos, viste. No le quise pegar en serio...

Me gustaría ver una foto de ella.

No tengo. En un diario habían puesto una, estaba ella con mi mamá y mi cuñada, pero esa foto se perdió.

El ventilador, cerca de la puerta, solo trae el aire caliente de afuera y lo hace girar sobre nosotros. Estoy transpirada y siento un poco de fastidio y otro poco de cansancio. O tristeza.

Le digo que el mate está tibio. Tal vez si volvemos al momento en que recién llegamos, si él pone otra vez la pava en la hornalla y cambia la yerba y vuelve y se sienta y me olvido del sobre con la foto, podremos empezar la entrevista.

Deja que la pava chille y ensilla el mate. Toma el primero él y me alcanza uno.

¿Está mejor?

Asiento mientras le digo que me parece raro que no tome tereré como todos por acá.

No tenemos heladera.

¿Hace mucho que trabaja con sus hermanos?

Trabajo y no trabajo, los ayudo. Yo tengo un retiro voluntario. Trabajé muchos años manejando un camión de residuos.

Le pregunto si recuerda la última vez que vio a su hermana y me dice que fue el mismo día en que desapareció, a eso de las diez de la mañana. Él iba pasando en un micro urbano, iba al trabajo que tenía entonces en un taller de reparación de radios, como era feriado o medio feriado iba más tarde que de costumbre. La vio desde la ventanilla: estaba en la vereda de la casa para la que trabajaba de mucama, tenía una bolsa de compras en la mano y conversaba con un muchacho en bicicleta, ella se apoyaba en el manubrio y charlaban. El muchacho era Francisco Suárez, un empleado de don Gómez, al que Yogui conocía de vista. De no haber sucedido lo que

sucedió después, probablemente hubiera olvidado esa escena: su hermanita adolescente tonteando con un muchacho en la vereda. Si las cosas hubieran seguido su curso, tal vez solamente lo hubiera recordado para cargarla como hacen los hermanos mayores con las hermanitas que empiezan a noviar.

¿Ella tenía novio? ¿Este Suárez era su novio?

No, no. Bueno, no que yo sepa...

Entonces Yogui le llevaba doce años a María Luisa, así que sí, es probable que no haya sabido.

Me dice que María Luisa no iba al colegio ni tenía otras amigas que las del barrio. Que era muy de su casa. Este era el primer trabajo que ella tenía.

Sin embargo, en esa semana corta e intensa que marcó su salida de su casa para empezar a andar el mundo adulto, el mundo del trabajo fuera del hogar, María Luisa se hizo de dos amigas: Norma Romero y Elena Taborda, dos muchachas un poquito mayores que ella y con más calle. Quevedo les endilga a ellas el haberla llevado por el mal camino. Como si la muerte hubiese sido el castigo por algo que ella estaba haciendo mal. Según él, ese día, probablemente el último en la breve vida de María Luisa, a la salida del trabajo ella se encontró con sus flamantes amigas y ellas la invitaron a pasar la tarde en Villa Bermejito, un pueblo a orillas de un brazo del río Bermejo, con casas de fin de semana, a poco más de 100 kilómetros. Irían con Francisco Suárez, Catalino Lencina y Jesús Gómez, el patrón de los dos primeros.

Esto declararon las chicas la primera vez que fueron interrogadas y su testimonio fue ratificado por un playero de una estación de servicio que aseguró haber cargado combustible en un auto ocupado por don Gómez, dos muchachos y tres chicas. Pero Norma y Elena, frente al juez, desmentirían todo lo que habían declarado a la policía y presentarían una denuncia por apremios ilegales, enseñando las marcas de los golpes que habrían recibido para obligarlas a dar un falso testimonio.

El juez del caso, Oscar Sudría, cree que a la clave la tienen ellas dos. Está seguro de que las chicas (y el o los asesinos) son las únicas personas que pueden decir qué pasó exactamente ese 8 de diciembre.

A lo largo de los veinte años que le llevó cerrar el caso, las trajo varias veces a declarar. La cosa no era sencilla porque poco después del crimen las muchachas se fueron de Sáenz Peña y nunca se quedaban demasiado tiempo en el mismo sitio. Así que cada dos o tres años, primero tenía que averiguar dónde estaban, luego traerlas. Las citaba a declarar los fines de semana, nunca con la policía pues, luego de los apremios ilegales denunciados durante la investigación de 1983, si había algo en lo que no confiaban era en la policía. Con el paso de los años las vio convertirse en mujeres adultas, tener hijos. Pero nunca pudo sacarles una sola palabra.

El playero, cuando fue llamado nuevamente a declarar, también cambió su testimonio: nunca había visto juntos a don Gómez y a María Luisa.

Quevedo sostiene que mienten, que estos testigos clave en la resolución de la violación y asesinato de su hermana, fueron comprados por la inmensa fortuna de

Gómez, a quien el propio Quevedo sigue llamando don Gómez, como si le inspirara un extraño temor o respeto.

La charla se interrumpe porque suena su celular. Atiende y empieza una conversación medio a los gritos, hay problemas con la señal, lo están llamando desde Buenos Aires.

El interlocutor es Ildefonso Thomsen, asesor del diputado chaqueño Antonio Morante. Don Ilde, como lo llama cariñosamente Quevedo, le comunica que ya entregaron el Proyecto de Resolución en la Cámara de Diputados de la Nación para que se reabra el caso por el asesinato de su hermana.

Le habla a don Ilde de mí y luego me pasa el aparato para que nos saludemos y nos intercambiamos nuestras direcciones de e-mail. Thomsen me habla con un acento extranjero. Es un gringo que vive en la Argentina asesorando diputados.

Voy varias veces a lo de la Señora. Ese paño verde doblado a la mitad que estaba sobre la mesita ratona la primera vez, está siempre. Adentro guarda el mazo de cartas de tarot. Cada vez, ella despliega el paño con cuidado como si destapara a un niño dormido. Me pide que corte el mazo en tres partes. Después que las mezcle, moviéndolas en círculo, siete veces, con la mano derecha. Ella vuelve a ordenar la pila y sobre el mazo recién mezclado, nos tomamos la mano y decimos en voz alta el nombre y el apellido de la chica sobre la que queremos preguntar. Luego ella saca cartas y las va poniendo sobre el paño. Veo las figuras al revés. Me da lo mismo porque no sé qué significa cada una.

Otras veces las chicas se adelantan a las cartas.

Una tarde dice que le falta el aire y se lleva una mano a la garganta. Se queda así con los ojos cerrados. Yo me quedo quieta. No hay nada que pueda hacer más que esperar a que eso que le pasa deje de pasarle. Cuando se repone, abre la boca y toma aire, los ojos le brillan.

No podía respirar, me estaba ahogando, fue tan vívido. La opresión acá y un dolor acá, me dice y se señala primero el cuello y luego la entrepierna.

Es María Luisa, estrangulada y violada.

Pobrecita. La arrancaron como a un junquito. Era tan chica todavía, estaba tan poco agarrada a la vida. Como los juncos que crecen a orillas de las lagunas, me dice.

Recuerdo las fotos que vi de María Luisa. La que me mostró el hermano de su cuerpo en la morgue, hinchado, embarrado, con partes del rostro comidas por los pájaros. Y otras dos que vi en el expediente.

Una también es de su cuerpo, en el sitio donde la encontraron. Está tomada a cierta distancia, es una fotografía en blanco y negro. Se ve el cuerpo de una mujer flotando en el agua. Me hace acordar a la pintura de John Millais, la de Ofelia muerta. Como el personaje de *Hamlet*, María Luisa yace boca arriba. Como en el cuadro, las hojas planas de los juncos se inclinan sobre la laguna, la superficie está cubierta de pequeñas plantas acuáticas. No son esas flores lilas que la reina Gertrudis llama Dedos de Muerto, con las que Ofelia había tejido sus coronas, sino esas otras a las que les dicen Lentejas de Agua. Un árbol, que no es el sauce del que cae la pequeña Ofelia, sino uno de copa achaparrada, echa su sombra sobre el cuerpo de María Luisa.

La muerte, para las dos, llena de angustias.

La otra, es una foto en colores y María Luisa está viva. Es una foto familiar, de mujeres. Tal vez fue tomada en algún cumpleaños. A la izquierda, la hermana menor, enseguida la madre con un batón endomingado, luego una de las cuñadas con una nena chiquita en brazos, y, por fin, María Luisa. Todas, incluso la criatura, miran sonriendo a cámara. Pero ella no. Vestida con una musculosa blanca que resalta sobre la piel morena, no sonrío. Debajo del flequillo tupido sus ojos grandes están serios y miran para un costado y medio para abajo. Parece triste.

María Luisa no fue obligada, fue porque quiso a ese paseo o lo que fuera. Tal vez la invitó el muchacho ese con el que la vio el hermano, tal vez noviabán o ella estaba enamorada de él, tal vez la convencieron las amigas. Pero no fue un secuestro. Ella fue porque quiso. Después, por alguna razón, todo se desmadró. No está enojada. Creo que aún no entiende lo que le pasó. Era tan nenita todavía. Para ella todo era una novedad: el nuevo trabajo, las amigas nuevas, el muchacho este...

Yo creo que lo que tenemos que conseguir es reconstruir cómo el mundo las miraba a ellas. Si logramos saber cómo eran miradas, vamos a saber cuál era la mirada que ellas tenían sobre el mundo ¿entendés?

Trabajar desde la adolescencia o incluso en la niñez era algo habitual en los pueblos del interior, por lo menos hasta la década del ochenta. No era necesario provenir de una familia muy pobre para ello. Las hijas de familias obreras en las que las madres realizaban tareas de ama de casa, eran enviadas, por las mismas madres, a trabajar desde chicas.

Mi mejor amiga de aquellos años trabajaba como niñera desde los diez, cuando era apenas un poco mayor que los niños que cuidaba. Mi mamá también había trabajado desde chiquita y por eso a nosotros no nos dejaba hacerlo. A mí, extrañamente, me daba un poco de envidia la situación de mi amiga: ella cobraba un sueldo, magro pero sueldo al fin, es decir tenía dinero propio; tenía responsabilidades, pasaba muchas horas diarias fuera de su casa y además iba a la escuela y se sacaba buenas notas igual que yo. A mis ojos, mi amiga era superior, era una chica desenvuelta, con calle.

Sin embargo, mi mirada no era compartida por el resto de mis amigas. Para ellas, mi amiga no estaba a nuestra altura: ella tenía que trabajar, nosotras no. Aunque la máxima aspiración de estas niñas era recibirse de maestras y casarse con un hombre bueno y trabajador.

Andrea tampoco tuvo que salir a trabajar desde chica. El único que trabajaba en su casa era su padre. En un frigorífico. Ella podía estudiar porque su novio le pagaba los estudios. Si él no hubiera aparecido, quizá Andrea hubiera terminado siendo

empleada de Vizental como el grueso de jóvenes sanjocesinos, que terminaban el secundario, a veces ni eso, y se anotaban y se sentaban a esperar a que los llamaran. Operaria o secretaria. Andrea, por lo bonita, hubiera conseguido un puesto en la administración. Bien vestidas, bien peinadas, oliendo siempre rico aun en la nube negra y apestosa de carne hervida, las secretarias escribían a máquina y sacaban cuentas en la calculadora y andaban por los pasillos, rapidito, con los brazos llenos de carpetas y las piernas juntitas, el andar elegante. Devoradas por los ojos de los obreros que, mientras serraban pezuñas, rabos y cabezas, y separaban el cuero de la carne, sintiéndose toritos soñarían con montarse a las secretarias como a vacas.

Si alguna vez contempló esa posibilidad, no debe haberla entusiasmado. El recuerdo de su padre volviendo a la tarde del matadero, oliendo a sangre y lavandina, le habrá revuelto el estómago.

Sarita también trabajó desde pequeña. Ella no tenía opción pues en su familia eran muy pobres. El último trabajo que tuvo hasta que se casó fue haciendo la limpieza en la casa de un médico. Allí la trataban bien, casi como a una hija, y la alentaban a estudiar. Pero quedó embarazada y se casó. Era demasiado linda para que el marido la mandase otra vez a trabajar de mucama. Tanta belleza desperdiciada entre los vahos de los productos de limpieza. Así que la mandó a prostituirse.

Andrea quería otra cosa, dice la Señora. No es cierto que soñara con casarse, tener hijos y recibirse de profesora. Si no la hubiesen matado Andrea se habría tomado el palo. Ella quería irse. Ella no veía futuro en lo que la rodeaba.

En las cartas de tarot aparece un amante, un hombre mayor que ella. En el expediente, también.

Yo lo conocí. Vivía a pocas cuadras de mi casa en la época del crimen. Pero lo conocía de antes. Se llamaba Pepe Durand. Era chofer de la empresa de ómnibus El Directo. Hacían viajes cortos desde mi pueblo a pueblos y ciudades vecinas. A veces, cuando iba al campo donde vivían mis abuelos, nos tomábamos el colectivo con mis tías y él lo conducía. Era un tipo apuesto. Por lo menos a mis tías les gustaba, sobre todo a la más chica que me ubicaba a mí en un asiento con los bolsos y se iba a charlar con él todo el trayecto. Parada, apoyada en el respaldo de su asiento, hablaban y ella se reía fuerte, una risa aguda como el relincho de una potranca. A veces también le cebaba mate. No sé si alguna vez tuvieron algo, pero estoy segura de que a mi tía el Pepe le gustaba.

Aunque tenía mucho éxito entre las mujeres —a veces viajaba sola o con mis padres, ninguna de mis tías iba en el pasaje, y de todos modos había alguna otra muchacha parada atrás de su asiento de conductor, también riéndose fuerte—, el Pepe era un tipo seco, poco sociable.

La gente decía que era raro, con esa inflexión que le ponían a la palabra cuando querían decir que el tipo era una fruta picada. De vez en cuando frecuentaba el

boliche, un bar llamado El Ombú. Los boliches eran los centros de reunión de los hombres de clase media baja que no podían ir a emborracharse en el Jockey Club, como los profesionales y los hijos de buena familia. Según los parroquianos de El Ombú las veces que el Pepe iba al bar no se juntaba con nadie, tomaba solo mirando algún partido que estuvieran pasando por la televisión. No se mezclaba en las discusiones de política, fútbol y mujeres. Si alguna vez trataban de integrarlo, asentía desde su sitio, sin abrir la boca. Un tipo raro. Una fruta picada.

Cuando se mudó cerca de mi casa, se trajo a una mujer más joven que él, que entonces andaría por los cuarenta años. Nadie sabía nada de ella porque no era del pueblo y tampoco se daba con nadie. La pareja distante era la comidilla del barrio. Y cuando a él lo vincularon al asesinato de Andrea, las murmuraciones crecieron como moscas encima de una osamenta.

El Pepe manejaba el micro en el que iban los estudiantes de Villa Elisa, Colón y San José a Concepción del Uruguay, a cursar los profesorados y otras carreras terciarias que se dictaban en esa ciudad. Andrea era una de las estudiantes que viajaba a diario en El Directo.

En el expediente, algunos compañeros de viaje atestiguaron que había una relación amorosa entre el chofer y la chica, que cuando todos descendían en la terminal, ella se quedaba en el coche con él; que algunas veces los vieron cenando solos en un comedor de las inmediaciones. La dueña de una pensión, cercana a la terminal, también dijo que él solía alquilarle una pieza donde lo había visto entrar con la muchacha asesinada. Y una compañera de estudios aseguró que ese año, una noche, él había ido al profesorado. Estaban en una clase y la llamó desde el patio. Andrea salió y hablaron un rato y cuando volvió a entrar, la chica le preguntó si había pasado algo en su casa para que su padre viniera a buscarla. Andrea le respondió que nada, que ese no era su padre sino un amigo.

Llamado a declarar él negó que tuvieran una relación más allá de los viajes. La conocía de vista, como a la mayoría de los estudiantes a los que llevaba y traía, quizá alguna vez habían charlado o ella le había pedido prestado el equipo de mate. Pero nada más. La noche del crimen dijo que había salido a caminar con su mujer, que como hacía mucho calor habían estado un rato largo sentados en la plaza, que volvieron a la casa porque se venía una tormenta. Ella jamás lo desmintió.

Sin embargo, la policía no le perdió pisada un tiempo largo. Durante los meses que siguieron, vi muchas veces el patrullero de la departamental, rodando despacio por las calles de tierra de mi barrio. Todos sabíamos que lo vigilaban.

Él no la mató. Él estaba enamorado de Andrea, dice la Señora. En algunas culturas de la antigüedad se creía que el alma vivía en los ojos ¿sabés? Entonces los amantes se intercambiaban las almas a través de la mirada: yo te daba mi alma, vos me dabas la tuya. Pero cuando uno dejaba de amar al otro, recuperaba su alma y se quedaba también con la del amante. Cuando alguno de los dos muere, debe ser parecido. Andrea se llevó también el alma del Pepe.

Declaró que se enteró de la muerte de Andrea, como la mayoría, por la radio, ese día, haciendo el recorrido Villa Elisa-Concepción del Uruguay de las siete de la mañana. Debe ser triste anoticiarse de la muerte de una persona querida de esa manera, tener que seguir manejando el ómnibus como si esa noticia, la última que quisiéramos escuchar, fuese una más de las tantas desgracias diarias que siempre les ocurren a otros.

Hace un par de años, el Pepe amaneció ahorcado. Se colgó de una viga del techo de su casa.

La madre de Andrea se llamaba Gloria y fue sospechosa, junto a su marido, de haberla asesinado. Declaró haber encontrado el cuerpo de su hija, luego de despertarse por un ruido, un grito o un mal presentimiento, no supo. Ella misma había cerrado la ventana del dormitorio que daba al patio, un rato antes de volver y encontrar a su hija apuñalada. La puerta de la cocina también estaba cerrada. La casa era pequeña, de solo tres habitaciones, todas comunicadas entre sí por puertas.

Se encontró ropa suya manchada con sangre, el mismo grupo sanguíneo de Andrea, aunque aseguró que en ningún momento había tocado el cuerpo. Ni para intentar reanimarla ni para darle un último abrazo cuando comprobaron que estaba muerta. La sangre en la ropa, dijo, tal vez se la había pegado el marido que sí tenía la camisa ensangrentada porque sí había tomado contacto con el cadáver. Los esposos se habían abrazado para consolarse.

Quienes la conocieron la recuerdan como una mujer distante, un poco indiferente, extraña. En el momento del crimen, Gloria tenía cuarenta y seis años, la misma edad que tendría, ahora, Andrea. Era ama de casa.

Luego de encontrar a la hija ensangrentada en su cama, el padre y un vecino fueron a buscar al médico de la familia, el doctor Raúl Favre. Cuando el médico entró en el dormitorio, Gloria estaba sentada en la cama de al lado, con las manos cruzadas sobre la falda, mirando el vacío. Como autista, dijo él. Y según testigos cercanos así permaneció el resto de la madrugada, en el velatorio cuando les devolvieron el cuerpo, y las semanas siguientes a la muerte de su hija. Como anestesiada.

Me acuerdo que entonces se decía que al otro día del crimen, Gloria había ido a la peluquería. A todo el mundo le horrorizaba la imagen: una madre a la que le ocurre lo peor que puede pasarle a una madre, sentándose en el sillón de la peluquera. Ese gesto que también podría haberse tomado como una manera de distraerse de la pesadilla que estaba viviendo, fue interpretado enseguida como un signo de culpabilidad.

De una madre con una hija muerta esperamos, al parecer, que se arranque los pelos, que llore desconsoladamente, que agite el brazo pidiendo venganza. No soportamos la calma. No perdonamos la resignación.

El año pasado asesinaron a Ángeles Rawson, una chica de dieciséis años, en el barrio de Colegiales, en Capital Federal. Ángeles estuvo desaparecida casi 24 horas y su cuerpo fue hallado en la cinta transportadora de una planta de residuos, a varios

kilómetros de Capital. Cuando supo la noticia, la mamá de Ángeles declaró: ningún ser humano es menos importante que el peor acto que haya realizado; y fue duramente criticada por estas palabras. Tampoco aceptamos la piedad de una madre.

A Gloria, además de asesinar a su hija o por lo menos de haber participado en el asesinato y encubrimiento, y de ir a la peluquería, se la acusa de no haber ido a ninguna de las marchas que se hicieron pidiendo justicia por Andrea, de no haber asistido a ninguna de las misas organizadas en su memoria, de no haber movido un dedo para que se resolviera el caso, de haber repetido, en cada interrogatorio, siempre el mismo relato, sin saltarse un punto ni una coma, como si recitara un libreto.

A su hija la sobrevivió veinticuatro años. Curiosamente las dos murieron en la misma fecha, un 16 de noviembre.

El padre de Andrea siempre sale del lado de la violencia, me dice la Señora, acomodando una y otra vez las cartas sobre la mesa. ¿Estás segura de que era el verdadero padre?

En ese momento yo creía que sí. Pero tiempo después me enteré de un rumor que decía que Gloria había estado de novia con un muchacho del campo que se mató en un accidente de moto. Cuando ella descubrió que estaba embarazada, se casó con otro que la pretendía, Eymar Danne quien, sabiéndolo o no, terminó convertido en el papá de Andrea.

No hay pruebas de esto, pero si es verdad, pienso, qué destino: padre e hija muertos violentamente siendo tan jóvenes.

Eymar Danne trabajaba en un frigorífico y en sus ratos libres le gustaba fabricar cuchillos. Había cuchillos, hechos por él, en toda la casa. Muchos cuchillos. Pero luego de la noche del crimen faltaba uno. Tal vez el mismo que usaron para apuñalarla a Andrea.

La madre de María Luisa también murió hace varios años. La única que queda viva es Sara Páez de Mundín, la madre de Sarita. Sigue viviendo en la ciudad cordobesa de Villa María, en un barrio humilde de la periferia. Voy a visitarla un domingo de invierno, hace frío y está nublado. No anda nadie en las calles, ni niños jugando a la pelota ni perros que salgan a tirarles tarascones a las ruedas del remís cuando pasamos. Hay un viento revoltoso que arma remolinos en la tierra suelta de la calle.

El remisero me deja frente a una casa que no tiene una sola planta afuera. La tierra pelada se extiende desde la calle hasta la puerta. Me abre Sara. Es de esas mujeres a las que resulta difícil adivinarles la edad. Tiene el pelo corto, con rulos, morocho y con algunas canas. La cara cortajeada de arrugas. Un aspecto hombruno. Se la nota una mujer sufrida, de esas a las que la vida y la mala suerte no les aflojan

la cincha.

Entramos a una sala donde solamente hay una cocina a gas. Está calentito porque tiene el horno encendido. Hay olor a empanadas cocinándose. Me cuenta que las hace por encargo, para juntar plata para viajar a la ciudad de Córdoba, donde tiene internado al marido. Seguimos a la otra habitación donde hay una mesa con tres sillas, un aparador y una cama matrimonial. Yo me siento a la mesa y Sara elige los pies de su cama.

Llegó a Villa María esta madrugada y a la noche se vuelve al hospital de Córdoba, a cuidar al marido, que parece que está muy mal. Ella tampoco anda bien de salud.

Unos meses antes de la desaparición de Sarita, Sara perdió a otro hijo. Ella dice me mataron a otro hijo, aunque, en realidad, el muchachito se murió jugando al fútbol, de un ataque al corazón. Ella dice que lo obligaron a jugar, que él sabía que no podía por su problema de salud, por eso no se murió: se lo mataron. Y unos meses después de Sarita, perdió a una nieta, la nena que esperaba Mirta, su otra hija.

La voy a buscar a la Mirta que vive acá atrás, me dice y sale de la habitación.

Me quedo sola. Por una ventana pequeña entra la luz sucia del día. La pieza está iluminada con una lamparita amarilla que cuelga del techo. No hay mucho para ver en las paredes desnudas de cuadros. Por eso llama la atención una foto en la cabecera de la cama, en ese sitio donde otros cuelgan un crucifijo. Me acerco. Seguro es Sarita. Tiene una melena corta, ochentosa, aros rojos de plástico y un pulóver negro con arabescos fucsias. Una belleza serena que mira a cámara y apenas sonríe.

Sigo mirando el retrato, cuando escucho la voz de Sara, que ha vuelto.

Esa era mi hija y esta es mi otra hija, Mirta.

Nos saludamos. Mirta también es una mujer bonita, pero de una belleza más dura, más salvaje, con el cabello largo y renegrido, los ojos grandes, oscuros.

Las dos se sientan, de nuevo, a los pies de la cama.

Sarita era muy buena hija, ella siempre me estaba ayudando. Si veía que tenía las zapatillas rotas, no me decía nada, se iba a la tienda y me compraba otro par. Ella nunca dejaba que me faltase nada. Y cuando salí del hospital, unos días antes que ella desapareciera, me llevó al departamento donde vivían con el nene y con la Mirta, para cuidarme hasta que yo pudiera valerme por mí misma.

Sara no recuerda demasiado del último día que vieron a Sarita. Como estaba recién operada tomaba muchos calmantes para el dolor, así que andaba medio boleada. Recuerda que su hija vino a despedirse, ella estaba acostada, y que llevaba una toalla en la mano. Que al otro día Mirta le avisó que Sarita no había regresado, que se preocupó, pero que no podía levantarse para buscarla, que entre Mirta y unos amigos se encargaron de hacer la denuncia a la policía. A las pocas semanas, como no volvía, tuvieron que dejar el departamentito que Dady Olivero, su amante, le bancaba a Sarita.

Como él fue la última persona con la que la vieron, Mirta lo llamó antes que a

nadie para preguntarle qué había hecho con su hermana. Él dijo que, luego de dar un paseo en auto, la había dejado en la zona de la terminal. Aunque preguntaron en todas las boleterías, a los maleteros y a los taxistas, nadie la había visto.

Nueve meses después, a fines de diciembre de 1988, aparecieron unos restos de mujer a orillas del río Ctalamochita. Mirta fue a reconocerlos en la morgue.

Me dijeron que esos huesos eran de Sarita, un montón de huesos blancos. Agarraban uno y me lo mostraban. Mirá: huesos largos, de mujer alta. De una caja sacaron una calavera con unos pocos pelos pegados a la coronilla. Le abrieron la mandíbula y me mostraron las muelas con emplomadura. Sarita tenía algunos arreglos en los dientes, pero yo qué sé, podía ser ella como podía ser otra mujer. Para mí eso que me mostraban no era más que una pila de huesos.

En el expediente, el hallazgo se describe de la siguiente manera:

El esqueleto se encontró en una punta de la isla, en el paraje La Herradura, en una enramada producida por la creciente del lecho del río Ctalamochita, conformada por un árbol caído e incrustaciones de palos y troncos, como así de desechos arrastrados por el agua (frascos, tergopol). Los restos se encontraban en posición transversal con respecto al lecho del río, cúbito dorsalmente, con su parte inferior enfrentada hacia la costa; su parte derecha en contra de la correntada y el flanco izquierdo a favor de la misma. El esqueleto se encontraba más desmenuzado en su parte derecha que izquierda y su cráneo más en su parte posterior que anterior. Presentaba prendas femeninas: bombacha, corpiño, pollera y restos de una chomba.

Los restos de ropas que me mostraron eran pedazos de trapos podridos, recuerda Mirta, con eso solo yo no podía decir si eran o no eran las ropas que Sarita tenía esa tarde. También ahí cerca encontraron una cadenita parecida a la que tenía mi hermana. Al final, un dentista que dijo que la había atendido, hizo el reconocimiento por las piezas dentales.

Sara nunca creyó que ese esqueleto fuera de su hija. Siempre pensó que Dady Olivero era el responsable de la desaparición de Sarita. Cuando se encontraron esos restos, Olivero fue preso unos meses. Contradiciendo a Mirta, declaró que no había estado con Sarita el día que desapareció, que no la había llevado a ningún paseo, que su relación con la muchacha había terminado unos meses antes y que alguna vez ella le había dicho: Negro, me he metido en cada lío que a veces me dan ganas de irme a la mierda. Aseguró que entre marzo y abril de ese año, había estado con su familia en la ciudad de Salta, dónde su esposa tiene parientes. Él pensaba instalar unas carnicerías allá y fue para armar el negocio. La mujer de Olivero confirmó su coartada.

Como nunca se pudo determinar de qué manera había muerto Sarita, el único sospechoso de su desaparición finalmente fue sobreseído.

Diez años después, Sara se enteró de un nuevo estudio que permitía reconocer la identidad de restos humanos, aunque fueran solo huesos: el ADN. Movié cielo y tierra hasta que consiguió que la justicia exhumara el cuerpo de Sarita, enterrado en

un nicho del cementerio junto a su hermano y a la sobrinita, y lo sometieran al estudio. A ella le sacaron sangre. El resultado dio negativo. Lo repitieron y nuevamente el resultado fue negativo.

Al poco tiempo, un llamado misterioso que recibió su cuñado le advirtió que Sarita estaba en un prostíbulo de Valladolid, España.

Yo creo que Olivero se la vendió a una red de trata, para sacársela de encima, dice Sara.

En cambio, Mirta mueve la cabeza negando.

Si mi hermana estuviera viva, hubiese vuelto. No sé cómo, pero aunque la tuvieran secuestrada, ella se las hubiera arreglado para escaparse y volver. No nos hubiera abandonado. No lo hubiera dejado a su hijo. Esos huesos no son de ella, pero mi hermana también está muerta.

Mirta dice *también* y entonces caigo en la cuenta de que hay otra mujer muerta por la que nadie reclama o a la que todavía su familia la sigue buscando: ese atadito de huesos que enterraron con el nombre de Sarita.

Germán, el hijo de Sarita Mundín, ya es un hombre y tuvo sus propios hijos. La abuela y la tía están orgullosas de él, de haberlo hecho estudiar y terminar el secundario. Aunque no tuvo suerte y se casó con una vaga, dice Sara, una muchacha que lo dejó por otro hombre. Él nunca pregunta por su madre ni la nombra.

En eso salió a mí, dice Mirta. Somos reservados. En mi trabajo nadie sabe que ella es mi hermana. Cada tanto sale algo, un recordatorio en el diario, el de ella es un caso muy conocido, del que se ha hablado mucho. Si alguien me pregunta si es familiar mío, le digo que no. No quiero que se sepa que es mi hermana, no quiero que me pregunten. Mi dolor es mío y no quiero compartirlo. La única que siempre se sigue ocupando es ella, mi mamá.

Dos años después de esta conversación, me enteré de que Germán está preso, en el Establecimiento Penitenciario N.º 5 de Villa María, por posesión de drogas.

En el tarot nunca aparece rastro de Sarita, viva o muerta. Es la única de las tres que nunca habla. La Señora dice que siente que Sarita está viva o, al menos, lo estuvo hasta hace poco tiempo.

Además del resultado negativo del estudio de ADN, su madre también apela a una razón casi esotérica para decir que Sarita vive: nunca la he podido soñar. Me hubiera gustado volver a tocarla, escucharle la voz que ya no recuerdo, aunque más no sea en sueños. Pero por otro lado, yo digo que si nunca la soñé es porque sigue viva. Si estuviera muerta, hubiese vuelto en sueños a despedirse.

Cuando me voy de lo de Sara, la tarde sigue fría, oscura y desierta. El remisero me está esperando estacionado enfrente de la casa. Escucha un partido por la radio.

La transmisión se interrumpe a cada rato por la fritura del radiollamado, la voz de la chica que, desde la centralita, repite direcciones y nombres de clientes.

En Villa María, desde 1977, se contabiliza una veintena de crímenes impunes. En el año 2002, a raíz del femicidio de Mariela la Condorito López, se formó la Asociación Verdad y Justicia que, más adelante, se llamó Verdad Real, Justicia Para Todos.

La Condorito era una prostituta con discapacidad mental que apareció degollada y envuelta en una manta, en un baldío de la ciudad. Estaba vinculada a la congregación de las Hermanas Adoratrices que tenían un programa para sacar a las chicas de las calles y enseñarles un oficio. Las monjas les daban protección y la Condorito era una vieja conocida del convento. Cuando fue asesinada, las hermanas Beatriz y Albeana decidieron que había que hacer algo, que su congregación y toda la comunidad de Villa María debían tomar cartas en el asunto. Fundaron la asociación para formar conciencia y para que las familias de las víctimas tuvieran apoyo.

Antes de la Condorito, la remisera Mónica Leocato apareció violada y estrangulada en su auto, en un camino rural, aparentemente por un cliente. Un crimen brutal que sigue impune. Y unos años después, en 2005, desapareció Mariela Bessonart. La última persona que la vio y el único sospechoso de su desaparición es el ex marido y padre de sus hijos.

El doctor Raúl Favre era el médico de la familia Danne. No le llamó la atención que golpearan a su puerta a la una y pico de la mañana. Los médicos de pueblo están acostumbrados a que sus pacientes los vayan a buscar a su casa a cualquier hora. Cuando abrió se encontró con Eymar Danne y con otro hombre que le fue presentado como un vecino. Danne le dijo que algo le pasaba a su hija Andrea, que tenía que venir enseguida a verla. Como todavía llovía, Favre decidió ir en su auto por si había que llevar a la chica al hospital o hacer alguna diligencia.

Cuando entró al dormitorio, vio a la muchacha acostada en su cama, con un gran coágulo de sangre en el pecho y sangre al costado de la cama, en el piso. La madre estaba sentada en la cama de al lado, como suspendida, y apenas pareció notar su llegada. En cambio, Danne estaba muy excitado y le preguntó varias veces si su hija estaba muerta.

¿Está muerta? ¿Está muerta? ¿Está muerta?

Sí, está muerta.

Bueno, está bien, ahora está muerta, ahora no hay nada que hacer; declaró el médico que le escuchó decir al padre.

Viendo que él tampoco podía hacer nada por la chica, el doctor se ofreció a ir a buscar a la policía. En la casa no tenían teléfono.

Aquella fue una larga madrugada en la que parientes, amigos y curiosos desfilaron por el cuarto de Andrea viéndola tendida y ensangrentada en su cama.

El baile del club Santa Rosa fue el foco desde donde se propagó la noticia. Allí estaba Fabiana Danne con unas amigas. Allí fue a buscarla su hermano para decirle que volviera a la casa, que Andrea había tenido un accidente. Con Fabiana llegaron algunos amigos y atrás de ellos algunos conocidos. Y familiares que vivían en la misma cuadra como la abuela, una tía, unos primos. Un poco después el novio y los padres del novio.

Todos entrando y saliendo de ese dormitorio. Los más impresionables, vichando desde la puerta.

Un asesinato ocurrido en la intimidad de una casa de familia, que tuvo la misma exposición que una muerte callejera.

En un momento hubo tanta gente adentro de la casa que la policía decidió sacar el

cuerpo y trasladarlo a la morgue sin esperar a que llegara El León Gris, el único fotógrafo del pueblo que, además de sociales, hacía el registro fotográfico de siniestros, accidentes, y, de vez en cuando, cadáveres. No hay fotos de Andrea Danne en el expediente. Solo imágenes de la escena vacía, sin su cuerpo, de las manchas de sangre en el piso y en el colchón.

El informe de la autopsia dice:

La muerte se produjo a la 1 hora aproximadamente del día 16 de noviembre de 1986.

El deceso fue por anemia aguda por hemorragia masiva por herida de aurícula derecha.

La herida fue ocasionada por arma blanca u objeto de características similares, fino, de unos 3 cm de hoja y de por lo menos 8 a 10 cm de largo y se introdujo estando el filo hacia la parte distal del cuerpo.

En el momento del hecho, la señorita Danne estaría dormida, en posición decúbito dorsal y el atacante probablemente a su derecha, empuñando el arma con su mano diestra.

No se constatan otras lesiones ni signos de violencia externa. En sus manos no se observan elementos ni restos de elementos que pudiesen indicar que hubo lucha o defensa al ser atacada.

El heridor pudo ser una persona adulta o mayor que proyectó el arma con cierta fuerza y velocidad.

El doctor Favre estuvo entre las primeras personas en ver el cuerpo de Andrea acostado boca arriba, con las manos a los costados del cuerpo, totalmente limpias, los brazos extendidos apoyados por encima del cubrecama, que la tapaba hasta la cintura. Presentaba un gran coágulo en el pecho, sangre coagulada entre el brazo y el cuerpo, y sangre en el piso. La muerte fue casi instantánea, habrá sobrevenido en el tiempo que duró la hemorragia, unos dos minutos.

Cuando lo llamaron a declarar, le leyeron el informe de la autopsia y le preguntaron si la posición en la que encontró el cuerpo de la chica era coherente con la manera en que fue asesinada. El doctor dijo que no.

La puñalada mortal, tal como se describe en el informe del forense, lesionó los grandes vasos y la aurícula derecha del corazón, pero es una lesión de escasa magnitud, en una zona de baja presión sanguínea, por lo que la hemorragia que resulta de esta herida no es masiva. La víctima tarda unos dos minutos en morir. Tiempo suficiente para que realice movimientos, pues la sangre sigue llegando al cerebro por los vasos que no fueron lesionados. Movimientos voluntarios al principio e involuntarios luego, cuando la presión sanguínea bajó a causa de la hemorragia. El cuerpo tendría que haber estado semi arrollado y la cama desordenada. Creo que alguien acomodó el cuerpo antes de que yo llegara, declaró.

En la década del ochenta mi mamá trabajó como enfermera en un sanatorio de mi pueblo. El doctor Favre era del equipo médico. En los tiempos muertos de las guardias, muchas veces hablaron sobre el crimen de Andrea. Para el doctor era una pregunta sin respuesta, que volvía una y otra vez: ¿cómo pudo el asesino entrar a la casa, matar a la chica, tomarse el tiempo de acomodar su cuerpo al punto de que pareciera dormida, volver a salir y que ni la madre ni el padre ni el hermanito que dormían en la otra habitación, pegada, con una puerta que comunicaba ambas piezas, no hayan escuchado absolutamente nada?

Favre murió hace algunos años. Su eterna pregunta, sin respuesta.

Entre los allegados y curiosos que estuvieron en el dormitorio de Andrea no estuvo Aldo Cettour, el muchachito de dieciséis años, vecino y primo lejano de la víctima que, más tarde, se convertiría en otro sospechoso.

Aldo, esa noche, llegó tarde a todas partes: al baile del club Santa Rosa cuando Fabiana y los demás se estaban yendo con la noticia de que Andrea había tenido un accidente; y tarde para ver el cadáver de su vecina.

Cuando volvió del baile del club, esa madrugada, sus padres y su hermana todavía estaban levantados. Los tres habían estado en casa de los Danne y le contaron lo que habían visto. Aldo rumbeó para la puerta de calle con la intención de ir él también, de no perderse esa escena de la que seguirían hablando durante años. Pero su madre lo detuvo. Le dijo que ya se habían llevado a la muchacha, que no tenía sentido ir, que ya no había nada que ver. Ni siquiera sangre porque luego de que los de la morgue se llevaran el cuerpo, Fabiana se había puesto a limpiar. Sacó varios baldes con agua y sangre y los arrojó en el patio.

Unos meses antes, Aldo y unos amigos se metieron al patio de los Danne por un caminito que comunicaba el fondo de su casa con el de sus vecinos, y espionaron a Andrea y a Fabiana por la ventana del dormitorio mientras se preparaban para acostarse. En esa oportunidad las chicas los descubrieron y se armó una pequeña batahola. Además les había faltado ropa interior del tendedero.

En mi pueblo había un fisgón incorregible, el Bochita Aguilera, un cincuentón petisito, de bigote, que vivía solo con su madre. Era maestro panadero y en la noche, camino de su trabajo, se metía en los patios abiertos de las casas a espiar a las muchachas a través de esas cortinas finitas que se usaban antes. Era inofensivo. Solo le gustaba engordar la vista con esos cuerpos jóvenes y hermosos que se movían en los dormitorios, preparándose para ir a dormir. Cada tanto, el perro de la casa o alguna de las muchachas lo sorprendía *in fraganti* y el Bochita salía corriendo, antes de que el padre de la ultrajada le diera alcance.

La noche del crimen Aldo estuvo con un amigo jugando al pool en la ciudad vecina de Colón. Pasada la medianoche y viendo que se venía una tormenta decidió regresar a San José, a dedo. El viento y la lluvia lo agarraron en el camino y a la intemperie. Un auto lo levantó, pero ya estaba hecho sopa. Llegó a su casa y se cambió de ropa. Todavía era temprano para acostarse, así que salió de nuevo para el baile del club, a pocas cuadras. Llegando se cruzó con Fabiana y unas amigas que salían como espantadas. A una la escuchó decir: no puede ser, no puede ser.

Recién adentro del baile, que seguía mientras el rumor de la muerte de Andrea empezaba a correr, entre la música, el humo de los cigarrillos, los vasos de cerveza, recién un rato después, alguien le dijo que a su vecina la habían apuñalado.

Además de espiar a las muchachas, Aldo había ido algunos meses al psicólogo. Hace tres décadas, en un pueblo como San José, hacer terapia era casi, casi sinónimo de estar loco. Había recibido un tratamiento porque, según declaró en el expediente, se sentía raro y le gustaba encerrarse. Después nunca volvió a sentirse de esa manera.

La travesura adolescente de Aldo y sus compinches no parece un argumento sólido como para sospecharlo de asesinar a nadie. Pero en un caso donde la investigación daba vueltas en círculos, sin pruebas que condujeran a ninguna parte, todos eran, en cierto modo, sospechosos.

¿Te acordás del que les robaba los calzones?, dice Paula y suelta una carcajada. Eduardo sonrío apenas. Tal vez no le causa gracia o tal vez no lo recuerde.

Estamos sentados en una galería vidriada, llena de plantas, que da a un jardín con un pasto verde y tierno aunque todavía estemos en agosto. Es una tarde soleada.

Paula es la madre de Eduardo Germanier, el novio que tenía Andrea cuando la mataron. Es una mujer verborágica, enérgica y de risa fácil. Cada vez que se ríe se le levantan los pómulos y los ojitos celestes se le hunden detrás de los anteojos. Va a dejarnos a solas el tiempo que le lleve ir a buscar el mate a la casa de al lado, donde viven con su marido. La casa de esta galería donde estamos sentados y las otras casas construidas en el mismo terreno, son para alquilar a los turistas que eligen Colón como destino de vacaciones o fines de semana largos, el río y las termas. Como madre solo de hijos varones, Paula es una especie de mamá gallina y a veces se adelanta a las respuestas de Eduardo o me murmura cosas por lo bajo. Probablemente sea sobreprotectora con todos sus hijos, pero lo es particularmente con él que hace diez años trata de recuperarse de un accidente cerebrovascular que casi lo mata. El ACV se llevó algunos fragmentos de su memoria. Aunque Paula insiste en dejarme claro que él se acuerda muy bien de todo lo que pasó con Andrea, se nota que hay anécdotas que repasaron juntos antes que yo llegara. Ella se queda cerca para auxiliarlo cuando la memoria le falle, cuando se quede callado con la vista perdida en el jardín, tratando de hilar los recuerdos o buscando las palabras precisas porque el ACV también le dejó una ligera dificultad en el habla. Por momentos la madre

voluntariosa lo aturde y él le pide que espere, que lo deje encontrar lo que quiere decir, que ya vamos a llegar a ese punto.

La familia Germanier vivió unos cuantos años en el conurbano bonaerense. No hacía mucho tiempo que habían vuelto a instalarse en Colón, de donde eran oriundos, cuando Eduardo la conoció a Andrea en la casa de unos amigos en común. Él tenía el pelo largo y andaba en moto. Siempre fue un fanático de las motos, aunque tuvo varios accidentes graves. Después del ACV ya no pudo volver a montar una, pero todavía las extraña. Dice que ahora solo las mira por internet.

Vos me ves así ahora, pero no sabés lo que era yo.

No se lo confieso todavía, pero recuerdo que era un muchacho muy guapo, aún lo es. Tengo el recuerdo borroso de una foto suya en el diario, en una de las marchas que se organizaron en esos años pidiendo justicia por Andrea. Me acuerdo del cabello largo y rizado y de que decían que había prometido no cortárselo hasta que se resolviera el asesinato de su chica.

Apenas la vio, le gustó. Era preciosa. Y a las dos o tres semanas de conocerla se le tiró, como se decía en esa época. Se pusieron de novios. Dice que tenían una linda relación, que se llevaban bien, que él la quería mucho.

La noche del crimen salieron a dar unas vueltas en la moto y cuando volvieron se quedaron noviendo en la cocina. Ya todos estaban acostados. En un momento escucharon unos ruidos afuera y él salió. Miró en el patio y hacia el galponcito donde el suegro guardaba el auto, pero no vio nada. Tuvo un poco de miedo. Con el tiempo, pensó que esos ruidos que escuchó eran la madre de Andrea que los estaba espiando. Una vez ya había pasado: la habían pescado espiándolos por la ventana de la cocina. El dormitorio de sus suegros tenía dos puertas, una comunicaba con la pieza de las hijas y la otra daba al frente de la casa, al exterior. Así que ella podía salir por allí y tener acceso a los fondos de la casa, rodeándola por afuera.

A esto mismo él me lo contó varias veces, corrobora Paula.

Permanecieron un rato en silencio, afinando el oído y como no volvieron a escuchar nada, siguieron besándose, alargando la despedida que esa noche sería más temprano que lo habitual pues Andrea tenía que estudiar.

Eduardo volvió a su casa con la tormenta pisándole los talones. Los últimos kilómetros se largó viento y parecía que iba a arrancarlo de la moto. Llegó con las primeras gotas y se acostó enseguida.

Eran las 23.50, me acuerdo bien porque sentí la puerta y miré la hora, dice Paula. Yo estaba despierta. Había estado todo el día en cama, con dolores por esos problemas que tenemos las mujeres, y no podía dormirme. Lo escuché entrar y meterse en su pieza. Unas horas después oí que golpeaban. La tormenta había amainado, pero seguía lloviendo. Los golpes en la puerta y una voz de mujer que decía: Eduardo, Eduardo, abrí por favor. Pensé que era Andrea, que se había peleado

con mi hijo y él la había dejado por ahí. No sé, no entendía. Desde la cama le grité: ya va, Andrea, ya voy. Pero qué pasó, por Dios, Eduardo te dejó afuera... Cuando abrí, no era ella. Vi ahí parada a una chica que nunca había visto. Soy la hermana de Andrea, me dijo, ella tuvo un accidente, Eduardo tiene que ir para mi casa. A todo esto, mi marido también estaba en la puerta, se había levantado con todo el alboroto. Yo entré a despertarlo a Eduardo, a decirle que se vistiera que teníamos que ir a San José. Ahí mi marido se quedó hablando con Fabiana y ella le contó que a Andrea la habían matado. Pero nosotros, Eduardo y yo, no teníamos ni idea. Cuando llegamos, afuera, nos esperaba Danne. Ahí lo conocimos, mi marido y yo no nos conocíamos con los padres de ella. Él se presentó y nos alumbró el caminito a la casa con una linterna porque había agua y barro por todas partes. Recién cuando entramos a la pieza nos desayunamos que estaba muerta.

La conmoción de Eduardo cuando vio el cuerpo de su novia, sin vida, y la habitación ensangrentada, fue tremenda. Empezó a gritar y a pegar trompadas en las paredes. Entre varios lograron contenerlo y llevarlo a rastras a la cocina, para que se calmara.

Me agarró un ataque de nervios, dice él y mira lejos. Heredó los ojos celestes de su madre.

Sin embargo, en la cocina siguió llorando y gritando.

Había varias mujeres ahí, recuerda Paula. Yo trataba de contenerlo, pero también pensaba en Andrea y en la madre. Pensaba en esa pobre mujer, lo que estaría sufriendo. Acordate que nunca nos habíamos visto. Me imaginaba que se la habían llevado a lo de un vecino o algo. Las mujeres que estaban ahí estaban todas tan calmadas. Hasta que una se acerca a Eduardo y le dice que se callara, por favor, que dejara de gritar, que estaba perturbando a la abuela de Andrea, que era una mujer mayor. Ahí a mí me subió la mostaza. Quién era esta para hablarle así a mi hijo que estaba sufriendo. ¿Y esta quién es?, pregunté al aire. Y otra de las mujeres me dijo: es Gloria, es la mamá de Andrea. Yo me quedé helada: la hija muerta y ella preocupándose por la abuelita... ¡pero por favor!

Ese es el primer recuerdo que Paula tiene de la consuegra y desde ese momento no pudo tragarla. No era así, le parece a ella, como debía verse una madre a la que le mataron la hija. A esa calma, Paula no se la perdona.

La relación que Eduardo tenía con sus suegros era más bien indiferente. El mutismo de Gloria se rompió pocas veces: esa noche, cuando le pidió que se calmara, y alguna vez anterior cuando le pidió explicaciones acerca de su trabajo, si estaba en relación de dependencia, si le hacían los aportes. Eduardo nunca entendió a qué venían esas preguntas y tampoco le dio mucha importancia. Con el suegro hablaba un poco más, pero solo lo justo y necesario.

Eran otras épocas. No había la relación de confianza que por ahí tienen ahora los

chicos jóvenes, dice.

En cambio, la relación de Andrea con la familia de Eduardo era muy buena. Paula la quería mucho y aprobaba el noviazgo. Cuando ella venía a visitarlos, los ayudaba en el almacén que tenían; si había muchos clientes, ella se ponía a atenderlos sin que nadie se lo pidiera. Ellos la ayudaban a pagar sus estudios. Y también colaboraron con los gastos del sepelio.

El recuerdo que Paula y Eduardo tienen de esa noche y de la escena del crimen no es el mismo que dejaron por escrito los peritos en el expediente ni el que tienen otros testigos.

Ellos me describen la cocina como una carnicería: manchas de sangre en las paredes, en las puertas, la mesa cambiada de lugar, el cajón abierto, todos los cuchillos que se usaban en la cocina desparramados. Y también más sangre en las paredes y puertas del dormitorio. Como si entre estas dos habitaciones se hubiera librado una pelea feroz. Ellos creen que esta pelea se dio entre madre e hija y que, en un rapto de locura, Gloria apuñaló a Andrea.

Cuando les digo que, según el informe de la autopsia, Andrea fue apuñalada en su cama, mientras estaba dormida, que no había ningún otro signo de violencia en su cuerpo ni rastros de haberse defendido de su agresor, Paula mueve la cabeza, contrariada.

No, eso no puede ser. No puede ser. A Andrea la mató la madre. Entonces no puede ser como vos decís.

¿Por qué no?

Porque una madre, querida, no podría matar así a su hija.

Eduardo también fue sospechoso de asesinar a su novia. El primer sospechoso.

La hermana de Andrea admite, en su testimonio judicial, que cuando supo que la habían matado enseguida pensó que había sido Eduardo porque era celoso y posesivo. Por eso fue a buscarlo ella misma a su casa. Sin embargo, cuando vio su reacción frente al cadáver de su hermana se dio cuenta de que estaba equivocada.

Paula también se dio cuenta, esa misma noche, de que intentarían culpar a su hijo. Al día de hoy insiste en que todo estaba armado como para echarle la culpa a Eduardo. Por eso contactaron a su abogado apenas pudieron. Por supuesto ella nunca dudó de su inocencia. En cambio, el papá de Eduardo sí. Hubo una vacilación, un momento de duda que Eduardo advirtió cuando su padre fue a mirar la moto, buscando no sabe qué rastro. Pero dudó y, aunque hayan pasado más de veinte años y aunque haya cosas que Eduardo no recuerde luego de su ACV, de eso no se olvida. Y todavía le duele.

Él siempre se quedó con eso acá, me dice Paula como si hiciera falta.

Además de tener al mejor abogado de la ciudad, la familia de Eduardo contrató a un detective privado. Estaban convencidos de que la policía buscaría la vuelta para

encarcelarlo y cerrar el caso rápidamente. Pero el detective nunca pudo aportar ni datos ni pistas firmes. La policía y el juez rondaron a Eduardo varios meses, pero finalmente lo dejaron en paz. El caso se fue diluyendo, a pesar de las marchas de silencio, organizadas por él y por los amigos de Andrea, a las que no asistía la familia de la chica muerta.

Le cuento que tengo el recuerdo medio vago de una foto de él en una de esas marchas y que decían que no se iba a cortar el pelo hasta encontrar al asesino de su novia. Le digo que yo era una adolescente y me había enamorado de esa declaración y de él, claro.

Se ríe. Dice que no se acuerda, que capaz que sí, que había hecho esa promesa, pero que ya puedo ver que no la cumplió.

Unos seis años después conoció a la mujer que es su esposa y la madre de sus hijos. De alguna manera entendió que la vida seguía su curso.

Cuando le cuento que estuve en la tumba de Andrea, me pregunta si todavía está la plaquita que él le puso. Sí, está. Es una placa sencilla y dice:

Mi amor por vos es eterno.
Tu novio. Eduardo.

La muerte violenta de una persona joven, en una comunidad pequeña, siempre es una conmoción. La noticia del crimen de María Luisa Quevedo estuvo tratada, casi desde el principio, con pluma novelesca por la prensa local. Tardó un par de días en aparecer, en un recuadro chiquito en el diario *Norte*, el más importante de la provincia de Chaco. Titulada: Misteriosa muerte de una menor, compartía sitio con otra: Menor buscado.

Al principio, el llamado Caso Quevedo, debió competir con los temas que ocupaban la agenda del flamante gobierno democrático y el interés de los ciudadanos: la apropiación ilegal de bebés y niños en la dictadura, el hallazgo de cadáveres no identificados en el cementerio de Sáenz Peña, las primeras citaciones a jefes militares para que declarasen en causas de secuestros y desapariciones durante el período 1976-1982.

Pero rápidamente ganó espacio y protagonismo, transformándose en la serie de horror y misterio del verano chaqueño de 1984. Un relato de intrigas, sospechas, pistas falsas y falso testimonio que la gente seguía por los diarios y la radio como si fuera un culebrón o un folletín por entregas.

La falta de resultados inmediatos en la resolución del caso, la feria judicial en ciernes, un juez de instrucción de turno, el doctor Díaz Colodrero, juez comercial sin experiencia penal, y una policía con los vicios de la dictadura empantanaron el caso todo ese verano y fueron la comidilla de la prensa que, a falta de novedades, acababa basándose en rumores, chismes, presunciones de los vecinos.

La muerte de María Luisa se convirtió en una caza de brujas y la gente entraba y salía de Tribunales, presentándose espontáneamente a declarar, señalando culpables a diestra y siniestra. Cada día estas acusaciones eran levantadas por la prensa y tomadas como pistas firmes que, al día siguiente, se desmoronaban por falta de pruebas concretas.

Dos empleados de don Gómez, el septuagenario dueño de la flota de ómnibus al que la familia sigue indicando como el único responsable del crimen. El propio Gómez. Las dos amigas de María Luisa, una de ellas, encima, apodada La Gata. Dos muchachos hijos de familias encumbradas de la ciudad. Un joven que vivía en el mismo barrio que la víctima. Un aborigen de apellido Vega que, según el diario, es encontrado en un estado deplorable vagando en el mismo baldío donde arrojaron el cuerpo de la chica y muere unos días después en el hospital. Todos ellos tuvieron su

número de caracteres en el relato periodístico.

Hubo días en que el asesinato de María Luisa aparecía como un pequeño artículo suelto entre otras noticias más importantes, otros ocupando un cuarto de página y otros hasta una página entera con foto y todo. Y cuando no hay foto, un dibujo a lápiz del sospechoso y hasta de la misma María Luisa. A esta galería de presuntos asesinos y cómplices, se suman los policías acusados de conseguir declaraciones falsas a fuerza de golpes, oficiales que eran rápidamente enviados de vacaciones hasta que la cosa se calmara.

Los familiares de María Luisa tienen un papel permanente y protagónico. El padre ausente, ex boxeador, exigiendo el esclarecimiento inmediato de la muerte de su hija. Un jovencísimo Yogui Quevedo que mira a cámara, apoyado en una estantería llena de televisores; probablemente la fotografía haya sido tomada en el taller de reparación de aparatos eléctricos donde trabajaba entonces.

En algunos artículos se aseguraba que el escenario del crimen fue el mismo baldío donde encontraron el cuerpo de la muchacha. En otros que la arrastraron hasta allí y que había marcas en el suelo. En otro que la asesinaron en el rancho del aborigen Vega: en este caso, su muerte poco después del crimen, por padecer mal de Chagas, sería una suerte de castigo divino. En otro que fue estrangulada, pero no violada. En otro que la arrojaron viva a la represa y murió ahogada. En otro que no fue violada, pero que ya tenía una vida sexual activa. Y no falta el capítulo romántico donde se asegura que María Luisa salía con un hombre casado, que ese día él habría roto la relación y que la chica, dolida por la ruptura, habría vagado por las calles céntricas de Sáenz Peña, quedando así a merced de sus captores.

La trascendencia mediática que tuvo el caso contagió de paranoia a los padres de muchachas adolescentes. En un recuadro publicado a casi un mes del crimen, el diario *Norte* se pregunta: ¿Es que no hay conciencia de padres en una comunidad que pregona ser organizada? La del o los asesinos por lo actuado está definida. ¿Pero los distintos sectores de la población no son capaces de levantar la voz de protesta en procura de una acción más eficaz? ¿Es que nuestros hijos no podrán transitar de ahora en más las calles de la ciudad por falta de tranquilidad?

También el relato de Yogui Quevedo, hermano y portavoz de María Luisa, transita, de a ratos, fragmentos de telenovela. Su asesino perfecto será siempre Jesús Gómez, el hombre rico y poderoso que organizaba fiestas para atraer a muchachas jovencitas, a las que seducía con su dinero. Su hermana, la chica trabajadora y honesta, mucama, hija del barrio Monseñor de Carlo, un barrio humilde de Sáenz Peña, que se negó a los escarceos amorosos de Gómez y terminó muerta, mancillada por el ricachón lujurioso. Él, el justiciero, el hombre incorruptible que despreció los maletines de billetes que Gómez le enviaba con sus mensajeros.

Después de la muerte de mi hermana yo anduve un tiempo como un loco, todo el

tiempo con un revólver en la cintura, le había jurado a mi hermanita, a la memoria de mi hermanita, que le iba a pegar un tiro a don Gómez. A una concubina que yo tenía en ese momento se le había ocurrido un plan. Ella era una chica muy linda y como se sabía que al viejo le gustaban las muchachas, ella se lo iba a levantar al viejo, lo iba a llevar a un motel y cuando los dos estuviesen en la cama, ahí yo podría volarle los sesos con toda tranquilidad. Pero nunca se hizo. Estuve así de hacerlo. Parecía tan fácil. Era la única manera que veía de hacer justicia porque, mientras, don Gómez seguía tapando todo con plata, comprando testigos, abogados... La que me frenó a mí fue la doña, aquella vidente paraguaya que fuimos a ver cuando desapareció mi hermana. A ella yo la seguí viendo después, consultándola por todas las cosas referidas a la muerte de mi hermanita, empecé a creer mucho en ella porque de algo tenía que agarrarme. Y ella me convenció de dejar la idea de matar a alguien. Me convenció de que el único que iba a salir perdiendo iba a ser yo porque me iba a pudrir en la cárcel. De que no valía la pena ensuciarme las manos, que los culpables iban a pagar. Y pagaron. A la final, dos terminaron pagando. Don Gómez murió pobre y solo, toda su familia lo dejó de lado después de lo que pasó y perdió todo lo que tenía, los abogados se llevaron todo. Y el otro que yo creo que es responsable, el que la engatusó a mi hermanita, Francisco Suárez, ese con el que ella estaba hablando en la vereda la última vez que la vi con vida, ese también se murió. En un accidente. Iban varias personas en una camioneta que volcó y el único muerto fue él. Por lo menos la justicia divina a mí me cumplió.

Aunque abandonó el revólver, convencido por la paraguaya, a él sí lo balearon en una pierna. Dice que una madrugada volvía a su casa y que un auto todo desmantelado, puro chasis nomás, lo cruzó en una esquina y le tiraron unos tiros. Uno lo hirió en la pierna. Años después, ya trabajando como recolector de residuos, vio el mismo auto, arrumbado en un galpón. Está seguro de que era el mismo, pero no tenía pruebas y por más que lo denunció a la policía, no pasó nada.

Pero los sucesos novelescos en la narración de Yogui Quevedo no terminan aquí. Luego del atentado, las amenazas, las extorsiones, sus planes para liquidar a Gómez, hay una anécdota más. Esta que me cuenta podría ser alguna escena escritos por Raymond Chandler.

Un mediodía llega a su casa, donde seguía viviendo con su madre y su hermana menor, una mujer hermosa que pide por él. Él se asoma a la puerta y la mujer le dice que es una agente encubierta, de la policía de Resistencia. Se presenta con el nombre de Leo. Dice que un taxi la está esperando y, en efecto, hay un taxi en la calle. Dice que quiere hablar con él, que tiene información para pasarle sobre el crimen de María Luisa, pero que ya se tiene que volver a Resistencia, que si puede venir al día siguiente. Arreglan para verse a la tardecita. Ella pasará a buscarlo.

Al otro día, Leo aparece tal y como habían quedado. Le pide si pueden ir a su pieza para estar más tranquilos. Se encierran en la habitación. Hace mucho calor, así que la mujer le dice que está toda transpirada, que si le molesta si se cambia de ropa.

En la cartera, traía otra muda. Él le dice que no, que faltaba más, que si quiere le indica dónde queda el baño. Ella le dice que no hace falta, que se cambia ahí mismo mientras siguen charlando. Se queda desnuda frente a él. Dice que tenía un cuerpo hermoso. Toda ella era hermosa. Él la deja hacer. Sacarse toda la ropa, quedar desnuda, completamente desnuda, me aclara, volver a vestirse. Después le propone ir al cine.

Ir al cine es parte de otro plan. Un plan de Yogui para frustrar el plan de la mujer.

Después de la primera visita de Leo, Yogui no se queda tranquilo así que va con la policía local y les cuenta a los oficiales que trabajaban en el caso de su hermana, que lo visitó esta mujer diciendo que es una policía de incógnito. Averiguan con la policía de Resistencia, pero no hay ninguna oficial con su nombre. Leo es una impostora. Les comenta que se citó con ella al día siguiente. Entonces urden su captura. Yogui la llevará al cine, la policía los interceptará, se los llevará a cada uno en un patrullero diferente con la excusa de la averiguación de antecedentes. A él lo van a soltar, pero a ella se la van a llevar a la comisaría, para interrogarla.

Y así se hace. Luego de tenerla desnuda en su pieza, Yogui la lleva al cine y allí entra en acción la policía.

Al final se supo que era la secretaria de un estudio de abogados muy importante de Resistencia. La mandaron para averiguar cuánto sabía yo, porque eran los abogados de don Gómez. Al tiempo, una vez, llamé al estudio preguntando por ella. Me hice pasar por un primo. Pero me dijeron que no trabajaba más ahí, me cuenta.

En el crimen de Andrea Danne, también hay un segundo capítulo netamente de ficción. Un episodio que hace que, diez años después de su asesinato, se reabra el caso.

En agosto de 1995, en Concepción del Uruguay, una ciudad vecina al pueblo de Andrea, es detenida una muchacha de dieciocho años, María Laura Voeffray, en una causa por drogas. En esta situación la chica declara que sabe quién mató a Andrea Danne.

Y cuenta esta historia.

En el momento del crimen, ella era una niña de diez años. Vivía en una casilla pobre, en El Brillante, un pueblo pequeño pegado a San José, casi un barrio de la ciudad. Esa noche, cuando sus padres se duermen, María Laura se escapa de su casa por una ventana, agarra la bicicleta y se va con tres amigos de su edad a dar vueltas por el centro de San José. En un momento pincha una rueda de su bicicleta, por lo que decide dejarla en una estación de servicio, en el sector donde se echa aire a las gomas, la deja allí, apoyada contra una pared y abandona al grupo, quedándose sola. Sigue dando vueltas y su andar sin rumbo la lleva a la casa de Andrea, justo cuando comienza la tormenta. Llegando a la vereda de la casa de los Danne, ve estacionado un coche grande, cuadrado, color borrao. Hay un hombre adentro, en el lugar del

conductor, pero el coche está detenido, con las luces y el motor apagados. Por algún motivo, ese auto le da mala espina y se esconde entre unos arbustos que crecen en el frente de la casa. Desde su escondite y pese a la lluvia y al viento, escucha un ruido como de cartón rompiéndose o de cartón rasgado por un cuchillo, un grito ahogado, un gemido. Enseguida ve salir desde el fondo de la casa, por un pasillo que la separa de la casa vecina, a dos hombres. Uno de traje oscuro. Es una noche clara, dice, a pesar de la tormenta. Reconoce al hombre de traje, es Jim Shaw, un comerciante de origen chino, muy conocido en la ciudad. Atrás de él viene un joven rubio, de unos veinte años, al que no conoce. Jim Shaw y el rubio se detienen un momento a unos cinco metros de su escondite. Entonces ve claramente que el chino le entrega al rubio un puñal ensangrentado, recuerda que era un puñal finito y largo, como una daga. El rubio envuelve el arma en un pañuelo. Dale, dale, dice Jim Shaw subiendo al auto del lado del acompañante. El rubio busca una rama y vuelve sobre sus pasos. Con la rama barre el suelo, borrando sus huellas. Abre la puerta trasera del auto, se sube y también borra las huellas que acaba de dejar. El auto arranca y desaparecen.

María Laura sale de entre los arbustos. Toda la situación le provoca curiosidad y tal vez cierta inquietud. Rodea la casa y se mete por los fondos. La ventana que da al patio tiene los postigos entreabiertos, así que se asoma y ve a Andrea Danne tendida en su cama, con las manos sobre el pecho, ensangrentada ella y manchas de sangre en las sábanas y el piso. No hay luces encendidas en la casa, sin embargo ella logra ver la escena con detalle porque, repite, es una noche clara a pesar de la tormenta. En un momento, advierte que en otra habitación se enciende una luz, entonces sale corriendo, asustada, y no para de correr hasta llegar a su casa y meterse nuevamente por la ventana por donde huyó varias horas antes.

Nunca se lo contó a nadie porque estaba aterrada. En realidad, sí lo contó hace poco a unos amigos policías que le aconsejaron que se presentara a dar testimonio, aunque tampoco se animó. Admite haber tenido una relación sentimental con Jim Shaw, un par de años atrás. Ante la sorpresa del juez, cómo pudo tener una relación con alguien a quien sospecha asesino, María Laura se justifica diciendo que es madre soltera y que Jim le daba plata, que otras veces, antes, también salió con hombres a cambio de dinero, que otra no le queda. En algún momento de esta relación, que duró poco, le dijo a Jim que por ahí se decía que él había matado a la chica Danne. Se lo dijo para probarlo, para ver cómo reaccionaba. Según ella, el chino se sorprendió y le dijo que eso les pasa a los que hablan demasiado. María Laura, imperturbable, le respondió que uno, andando, se entera de cosas. Y Jim Shaw terminó la conversación diciendo que uno es esclavo de las palabras que dice y dueño de las que calla, que qué iba a saber ella quién la mató a la Danne.

El caso se reabrió luego de la declaración de esta muchacha. Jim Shaw fue citado, interrogado, investigado y sobreseído.

El crimen que, en 1986, no había trascendido la prensa local, llamó la atención de diarios de circulación nacional como *Crónica* y *Clarín*.

Con su estilo característico, *Crónica* titula: Cae un chino a nueve años de un asesinato. Y cuando Shaw queda en libertad: Chino fue víctima de una joven despechada.

Enrique Sdrech, famoso periodista de policiales, viajó a Entre Ríos y escribió una nota de página completa en la edición documental del diario *Clarín*. En esa nota, Sdrech desliza que el móvil del asesinato sería que Jim Shaw distribuía drogas en la zona y que Andrea, al tanto de la situación, lo habría amenazado con denunciarlo. Dice también que el comerciante chino tenía fama de hombre violento, que los vecinos comentaban que una vez, enojado con su hija de catorce años, la había arrojado por la ventana de su dormitorio, desde el primer piso.

Se reavivó la memoria.

Sin embargo, la historia de María Laura Voeffray no era más que eso: una historia inventada por una chica fabuladora y mentirosa que solo intentaba salvar el pellejo.

María Luisa lo quería mucho a este hermano, me dice la Señora. Ella está contenta de que él sea su vocero. Está contenta del lugar que él consiguió luego de su asesinato. Te digo más, ella no quiere que se resuelva. Si algún día se resolviera, él ya no tendría nada más para decir.

Los hermanos, en estos tres casos, tienen un papel fundamental. Yogui Quevedo es el portavoz de su hermanita asesinada, se ha convertido en una figura pública tras la muerte de María Luisa y se lo consulta cada vez que ocurre un caso parecido en la provincia del Chaco. Mirta Mundín fue la confidente de Sarita, su protegida, la que terminó de criar al hijo de la hermana desaparecida. Ella prefiere no hablar en público, no exponer su dolor que es solo de ella, un acto íntimo que defiende con uñas y dientes. Y Fabiana, la hermana de Andrea Danne, ahora prefiere callar.

En aquella nota que escribe Enrique Sdrech para el diario *Clarín*, el 10 de septiembre de 1995, hay un recuadro especial para Fabiana. Se titula: La promesa de la hermana. Y dice:

Cuando hace nueve años fue asesinada María Andrea Danne, las versiones más encontradas circularon por San José. Muchos vieron detrás del crimen la mano negra de alguna secta, de la droga, de la prostitución, y las sospechas salpicaron hasta al propio padre de la víctima, Eymar Pablo Danne.

Durante mucho tiempo se comentó como «extraña» la actitud de María Fabiana, hermana de María Andrea, que a las pocas horas del crimen lavó el piso y las ropas con manchas de sangre. «Lo que la gente ignora es que fui autorizada a hacer ese lavado por el policía que estaba de consigna en mi casa. Yo siempre soñé con estudiar

Derecho, recibirme de abogada y dedicarme a revisar el expediente del asesinato de mi hermana. Ya me recibí y conozco el expediente de memoria y no descansaré hasta que el caso se esclarezca», dijo a *Clarín* María Fabiana, que acaba de cumplir veintiséis años.

Fabiana nunca accedió a darme una entrevista. Apenas a responderme un breve cuestionario por e-mail, hace unos tres años, cuando recién empezaba con el trabajo de campo. Luego de ese, todos mis correos y mis llamados a su estudio de abogada quedaron sin respuesta. Esto fue lo que me dijo entonces:

Nuestra relación con Andrea era muy buena, éramos bastante confidentes, aunque desde que ella andaba de novia ya no compartíamos las salidas ni todas las amistades. No recuerdo mucho lo que pasó el día de su muerte, lo recordé intensamente durante muchos años, minuto a minuto, pero nunca encontré nada fuera de lo común. Aunque yo estaba organizando el baile de promoción y seguramente habré estado ocupada todo el día, quizá si hubiese habido algo raro tampoco lo hubiera notado. Pero no me imagino que ella hubiese tenido un problema y no me lo hubiese dicho. No se lo hubiese confiado a mis padres, seguro, porque eran estrictos y cerrados. Nunca nos pegaron, pero una mirada o un simple no, eran suficientes. No querían que tuviésemos novio. A Andrea esto no le importaba, pero yo nunca me atreví a presentarles a ninguno. Supe lo que había pasado porque vino mi hermano de doce con un vecino a buscarme a un baile donde yo estaba, a dos cuadras de mi casa. Andrea tuvo un accidente, me dijeron. Llovía y corrimos los tres hasta mi casa. Yo todo el tiempo pensaba que había tenido un accidente en moto, con el novio, estaba muy asustada. Presentí que era grave, pero nunca imaginé lo que siguió. Cuando llegué, mi mamá me tomó por los hombros y me dijo que Andrea estaba muerta. No recuerdo las palabras textuales, pero sí su cara de desesperación. No puedo seguir recordando porque me destroza lo que pasó esa noche, aun a la distancia. En un primer momento pensé que podría haberla matado el novio, porque era extremadamente celoso, por eso quise ser yo quien fuera a buscarlo e incluso lo culpé. Pero cuando vi su reacción frente al cuerpo, dudé de que podría haber sido él. Nunca más tuvimos contacto con él ni con su familia. Hace unos años nos saludamos, pero no hablamos de nada con referencia al tema.

Mi vida después de la muerte de mi hermana nunca más fue igual. Mis padres quedaron destruidos: mi mamá deprimida y mi papá muy entregado. Mi hermano, con doce años, a cargo de los dos porque yo enseguida me fui a estudiar a Buenos Aires. Creo que solo dos veces más dormí en esa casa y de la mano de mi mamá. Después nunca más. Cuando iba de visita los fines de semana seguía de largo hasta la mañana siguiente o dormía en casa de amigas del barrio. Creo que lo mío fue una manera de escapar.

De chica me encantaba ir al cementerio. Las tardes soleadas, los domingos de invierno, con bolsas de crisantemos o dalias, flores que plantaba la abuela en su jardín con el solo objeto de adornar las tumbas de nuestros muertos. También los domingos de verano, pero a la mañana temprano, antes de que el sol picara sobre nuestras cabezas, a esa hora en que los cipreses que crecían en el camino principal todavía despedían un olor fresco y los nichos y los panteones proyectaban su sombra sobre las tumbas en tierra. Llevaba otras flores de estación en las bolsas y siempre claveles y clavelinas que duran más, que no se dejan vencer tan fácilmente, tan dócilmente por el calor. Y hojas de helecho serrucho, que también aguantan.

Sobre todo dos tumbas me causaban fascinación y espanto, un sentimiento romántico, oscuro, que una nena de siete u ocho años no podía explicarse. Eran dos tumbas, en nichos enfrentados, que se miraban. En una, una muchacha muy joven que había muerto de una enfermedad. En la de enfrente, un muchacho apenas mayor que ella, muerto en un accidente. La foto de ella era una foto de estudio, de esas que en la década del cuarenta o del cincuenta se hacían las mujeres alguna vez en su vida, antes de la de casamiento. La de él, de libreta de enrolamiento, serio y con el cabello muy corto pues seguramente coincidía con su época de conscripto.

No sé si me lo contaron o me lo inventé, pero recuerdo que me gustaba verlos porque antes de morir ellos dos habían sido novios. La muerte se la llevó a ella primero. Y poco después vino por él. Así decían las fechas en las plaquitas de bronce. Creo que también de los epitafios habré sacado lo de la enfermedad y lo del accidente. Nunca me iba del cementerio sin pasar a verlos. Me paraba en el medio, pero alejada unos cuantos pasos, de manera que mi ubicación me daba una perspectiva en la que parecía que las dos fotos se estaban mirando. Y sentía que no había amor más grande que el de esos dos que hacía rato no serían más que polvo enamorado.

Creo que mi relación con la muerte era mucho más natural en la infancia. Quizá porque nos habían dicho que el padre de mi primo, que además era como mi hermano mellizo, había muerto en un accidente antes de que nacióéramos. O porque muchos de nuestros perros y gatos habían muerto prematuramente, cruzando la ruta, atropellados por un camión. O porque así también había muerto el hijito de un vecino; y una chica que iba a mi escuela; y otro vecino, un muchacho, el Buey Martín, en su moto, a la salida de un baile. Entonces la muerte no era solo cosa de viejos o de enfermos.

Escuchaba decir que tal había muerto en la flor de la vida y me parecía una imagen hermosa.

Después mi percepción cambió. No sé en qué momento ni a cuento de qué, empecé a tener miedo. Dejé de ir al cementerio porque a la noche soñaba que ellos venían a buscarme.

De algún modo, mis encuentros con la Señora cambiaron esos sentimientos. Las tardes que pasamos juntas fueron parecidas a esas tardes de excursión al cementerio. Una especie de reconciliación.

Un remisero aceptó traerme, de poca gana, hasta las afueras de Sáenz Peña. Es mediodía y el sol se parte sobre nosotros como un queso maduro. El tipo tiene más ganas de estar ya en su casa que atravesando la ciudad, esquivando el escuadrón de motitos que zumba ocupando las calles de lado a lado. En el trayecto trato de convencerlo de que me espere un rato, que no serán más que unos quince minutos, pero se niega: no, doñita, ya estoy fuera de servicio, si quiere después le mando un auto. Le digo que sí, aunque sospecho que no va a mandar a nadie, que nadie querrá venir a esta hora en que todos se van a dormir, en que la ciudad se muere hasta las cinco.

¿Dónde la dejo?, me dice cuando estamos llegando.

Por acá nomás.

Frena casi en la intersección de las calles 51 y 28. Mientras me cobra, lo intento de nuevo.

¿Seguro no puede esperarme un ratito?

No, señora, ya le dije que estoy fuera de servicio. Ni tendría que haberla arrimado hasta acá, mire lo que le digo.

No termino de cerrar la puerta que ya está girando en u, levantando polvareda y desapareciendo a toda velocidad.

A un costado se levanta un barrio de casitas del gobierno. Todas iguales, todas pintadas de blanco, enceguedoras bajo el reflejo del sol. Todas con el mismo depósito de agua en el techo.

Al otro costado, un basural. Un tembladeral azul y verde de moscas. Algunos perros, cada tanto, husmeando las pilas de desechos. El olor es inmundito.

Las otras dos manzanas están baldías, cubiertas de yuyos.

¿En cuál de estos cuatro terrenos habrán arrojado el cuerpo de María Luisa Quevedo?

Miro a todos lados medio desorientada. No anda nadie. En algunos lugares, la hora del mediodía me da más miedo que la pura noche. Por hacer algo, saco unas fotos con una camarita que traigo en la mochila. No sé para qué, el paisaje es horrible y desolado. Me digo que para recordarlo más tarde, aunque sé que nunca voy a bajar las fotos, que probablemente las borre o se pierdan.

Estoy en eso cuando escucho una voz a mi espalda.

Dele, sáquele, sáquele, que el gobernador se entere de la mugre en la que nos tiene viviendo.

Una mujer está llegando a su casa, justo la de la esquina, y trae su bicicleta de tiro. Parece que me confundió con una periodista.

Me acerco y la saludo. Es una mujer joven, delgada y enérgica.

¿Está sacando fotos para el diario?

No. Pero tal vez me puede ayudar. Estoy buscando el sitio donde tiraron el cuerpo de una chica, hace unos cuantos años, no sé si acuerda. ¿Fue acá, en el basural?

¿La Maira Tévez? Sí, sí, ahí mismo, en ese basural la tiraron.

El asesinato de Maira Tévez es más reciente, aunque también los diarios lo relacionaron enseguida con el de María Luisa Quevedo. Maira era una estudiante del profesorado de inglés, de veintiún años. En 2010, su novio Héctor Ponce, la mató de un disparo en la cabeza y luego seccionó el cuerpo en varias partes, sembradas en distintos lugares: los brazos y las piernas en la cámara séptica del departamento que ocupaba la chica; la cabeza, que habría sido arrojada en un descampado y llevada por unos perros hasta el patio de la vecina que hizo la denuncia; el torso, encontrado en este basural.

No, le pregunto por otra chica: María Luisa Quevedo. ¿También arrojaron su cuerpo acá?

Ah, no. A la Quevedo la dejaron por allá.

Me señala uno de los yuyales.

Mi marido la encontró... ¿Su marido encontró el cuerpo?

Sí, mi suegra siempre se acuerda de esa historia.

¿Y él estará en casa? Me gustaría hablar con él.

Sí, está. A ver, espérese un ratito que le pregunto. ¿Es para el diario?

No, estoy escribiendo un libro...

La mujer asiente y se mete por una puerta a lo que parece un patio de cemento. Sale enseguida y me invita a pasar.

La casa está en penumbras, con todos los postigos cerrados y un ventilador de pie que apenas mueve el aire.

Con esto de las moscas hay que tener todo cerrado, me dice.

Cuando mis ojos se acostumbran, distingo al hombre sentado a la mesa, con una nenita sobre la falda, a la que le está dando de comer.

Nos saludamos y le cuento por qué estoy allí.

No quiero problemas, me dice.

Si prefiere no uso su nombre.

Mejor.

La mujer está a su lado, de pie.

Dale, contale, lo apura.

Con un amigo veníamos siempre acá enfrente. Cuando llovía se llenaba la represa

y siempre había pesca. Como era playito se pescaba con garrote nomás. Con un palo ¿entiende? Y bueno, caímos esa mañana y la vimos a la Quevedo abajo de un árbol que había en la orilla. Éramos chicos. Nos pegamos un susto bárbaro y salimos corriendo a buscar a un mayor.

Se queda callado y sigue cargando la cuchara de papilla y buscándole la boca a la nenita que me mira con los ojos grandes.

Y contale lo que siempre cuenta tu mamá, dice la mujer a la que parece que el relato de su marido le resulta escaso.

Después nos tuvieron a maltraer, yendo y viniendo al juzgado, meta preguntas. Por eso le decía que no quiero problemas. Ya bastante pasamos en esa época.

Cuando salgo, la mujer va atrás mío y asoma la cabeza por la puerta.

A ver si puede hacer algo con el asunto de las moscas, me pide: ni tomar mate afuera se puede del mosquerío que hay. A ver si en el diario pueden denunciar, eh.

Y cierra rápido para que no se cuele el enjambre.

Camino despacio hasta el baldío. Los yuyos deben llegarme a las rodillas, así que me quedo en la calle, por miedo a las víboras. No quedan rastros de la repesita, el lecho acuático que acunó a María Luisa antes de ir a parar a la mesada de la morgue y de allí al cementerio municipal.

Pienso en el hombre con el que acabo de hablar. Pienso en las ironías del destino. El barrio donde vive parece bastante nuevo, no ha de tener más de diez años. Esas casas se adjudican por sorteo. Venir a tocarle una justo enfrente del lugar donde habrá tenido la visión más espantosa de su vida: la adolescente hinchada, con el rostro y un ojo comidos por los pájaros.

Esos huesos que reposan en un nicho junto a los del muchachito que murió joven, de un ataque al corazón, y a la beba que recién empezaba a vivir, no son los restos de Sarita Mundín. ¿Dónde estás, Sarita? ¿Quién es la otra chica muerta?

Un cartel en la entrada del cementerio de San José dice que los domingos cierran a las 18 horas. Faltan quince minutos. Entro y empiezo a buscar al encargado para preguntarle dónde está la tumba de Andrea. El tipo no está por ningún lado, así que empiezo a buscar sola. Me decido por ir directamente a los nichos. Voy a los del fondo, pero las fechas son muy anteriores. Me voy a uno de los costados, son más recientes. Miro rápido, arriba, abajo. Nada. ¿Dónde se metió el tipo? No voy a llegar. Voy a tener que irme sin visitarla.

Escucho unas risas, apagadas por las paredes de los panteones. Voy en esa dirección. Son dos chicas adolescentes que vienen caminando hacia la salida. Se ríen, vaya a saber de qué. Las intercepto.

Estoy buscando un nicho. Capaz que oyeron hablar de Andrea Danne, una

chica...

Sí, la que mataron en la casa.

Ajá.

Me parece que está por allá, me dice una. Cuando era chica venía siempre, pero ahora hace mucho que no voy. Creo que era por allá.

Camino rápido hacia donde me indican. Leo nombres, arriba, abajo, fechas, veo fotos. Hasta que, por fin, Andrea. El frente del nicho es de mármol color té con leche. Además de la placa que le dedicó su novio, hay otra de su familia y otra de los compañeros de la Promoción 85. Una cruz sencilla y una foto en la que ella sonríe, tiene el cabello suelto, rubio, largo, con ondas y unas trencitas de colores. En dos floreros, margaritas moradas, rosas naranjas y unas varitas de fresias blancas.

Son las mismas flores que adornan, una fila más abajo, el nicho de su padre —sin frente de mármol, el cemento pelado y el nombre escrito con tiza—, y el de su madre, también sin terminar y con un letrero pegado, hecho en computadora, que dice su nombre y la fecha de su muerte.

Salgo a las seis en punto. Apenas atravieso el portón de la entrada, escucho unos ruidos tras de mí. Debe ser el encargado, pienso, pero no me doy vuelta para comprobarlo.

Dicen que cuando uno se va del cementerio, por ninguna razón debe mirar para atrás.

Epílogo

Hace un mes que comenzó el año. Al menos diez mujeres fueron asesinadas por ser mujeres. Digo al menos porque estos son los nombres que salieron en los diarios, las que fueron noticia.

Mariela Bustos asesinada de 22 puñaladas en Las Caleras, Córdoba. Marina Soledad Da Silva, a golpes y arrojada a un pozo, en Nemesio Parma, Misiones. Zulma Brochero, de un puntazo en la frente, y Arnulfa Ríos, de un disparo, ambas en Río Segundo, Córdoba. Paola Tomé, estrangulada, en Junín, Buenos Aires. Priscila Lafuente, a golpes, medio quemada en una parrilla y luego arrojada a un arroyo, en Berazategui. Carolina Arcos, de un golpe en la cabeza, en una obra en construcción, en Rafaela, Santa Fe. Nanci Molina, apuñalada, en Presidencia de la Plaza, Chaco. Luciana Rodríguez, a golpes, en Mendoza capital. Querlinda Vásquez, estrangulada, en Las Heras, Santa Cruz.

Estamos en verano y hace calor, casi como aquella mañana del 16 de noviembre de 1986 cuando, en cierto modo, empezó a escribirse este libro, cuando la chica muerta se cruzó en mi camino. Ahora tengo cuarenta años y, a diferencia de ella y de las miles de mujeres asesinadas en nuestro país desde entonces, sigo viva. Solo una cuestión de suerte.

Ayer me despedí de la Señora. El mazo de tarot estaba, como siempre, sobre el paño verde, pero no lo desarmamos, no giré las cartas con la mano derecha, no hice preguntas. Me dijo que ya es hora de soltar, que no es bueno andar mucho tiempo vagando de un lado al otro, de la vida a la muerte. Que las chicas deben volver allí adonde pertenecen ahora.

Me lo dijo tomándome la mano por encima de la mesita que nos separaba. Apretándomela, cada una sentada en el sitio que ocupamos en todos los encuentros. Yo también apreté su mano y entonces empezó a soltarme despacito. Me agarré un poco, un momento más, todavía podía sentir a las chicas a través de ella. Me miró. O ellas me miraron y comprendí y también empecé a soltar.

Tres velas blancas. Mi adiós a las chicas.

Una vela blanca para Andrea. Una vela blanca para María Luisa. Una vela blanca para Sarita y si Sarita está viva, ojalá que sí, entonces esta vela es para esa chica sin nombre que apareció hace más de veinte años a orillas del río Ctalamochita. Un mismo deseo para todas: que descansen.

El verano anterior al asesinato de Andrea lo pasé en el campo, en la casa de mis abuelos. Era el último verano que pasaría allí, con mi tía Liliana que estaba por casarse y mudarse al pueblo, a su nueva casa. Una siesta íbamos para lo de la Teya, una vecina y confidente suya, una mujer con hijos ya grandes. Había unos cinco kilómetros de distancia entre la granja de la Teya y la del abuelo. Ese año yo había pegado un estirón y estaba tan alta como la tía, que era petisa. Caminábamos despacio aunque el sol pelaba. Íbamos del brazo. Sabía que mi tía no sería la misma cuando se casara, que esta intimidad que compartíamos desde que yo era chiquita y que se había hecho más estrecha a medida que iba creciendo, tampoco sería la misma. En adelante, ella viviría con un hombre, su esposo. Nunca más dormiríamos juntas ni podríamos quedarnos hablando pavadas hasta cualquier hora. Ese paseo era especial.

No se lo dije porque no quería que nos pusiéramos tristes. Pero creo que a ella le pasaba algo parecido. Entonces me contó una historia que yo siempre había oído fragmentada, como escuchan los niños conversaciones que no deben. No sé si me la contó por pura casualidad o porque para ella también ese paseo por el campo tenía el sabor del último y quería contarme algo que fuera importante para ella.

Unos años atrás andaba sola por ese mismo camino de tierra. También iba para lo de la Teya, a la hora de la siesta, a escuchar la radio debajo de los árboles, tomar mate y contarse chismes. A mitad del trayecto, de entre los sembrados que crecían a los costados de la callecita de tierra, se le apareció el Tatú, un primo cuarentón que hacía tiempo se la venía comiendo con los ojos. El Tatú era soltero y nunca se le había conocido una novia ni había ido a un baile.

Qué hacés, chambón, me asustaste, le dijo la tía amagando seguir su ruta. Pero él no le contestó nada y le manoteó un brazo, se lo agarró tan fuerte que parecía que se lo iba a arrancar de cuajo. La tía empezó a tironear para soltarse y ahí él le agarró el otro brazo. Por un instante lo tuvo tan cerca que le sintió el aliento a vino y a cigarrillo. Tenía los ojos como dos tizones encendidos. Empezó a arrastrarla. Se la quería llevar adentro del maizal.

Pensé que si me metía en el maizal primero me iba a violar y después me iba a matar, me dijo con la voz temblorosa. Estoy segura de que me mataba.

El Tatú era un hombre fuerte, pero también estaba borracho y mareado por la calentura. La tía era una muchacha menuda. Nunca se explicó de dónde sacó la fuerza necesaria para zafarse de las manos toscas que se cerraban sobre sus brazos. Pero pudo soltarse y hasta darle un empujón que lo hizo trastabillar entre los cascotes de la cuneta seca. Corrió tanto que pensó que iba a reventar, como lo caballos.

Nunca tuve tanto miedo y nunca tuve tanto valor como esa vez, me dijo.

Los ojos le brillaban, pero tal vez era el sol que estaba tan fuerte que dibujaba espejismos a lo lejos.

Después el abuelo le dio una paliza al Tatú y él nunca volvió a acercarse a la tía y ojalá que a ninguna otra muchacha.

Seguimos caminando, más apretadas la una contra la otra, los brazos pegajosos

por el calor.

El viento norte frotaba entre sí las hojas ásperas de las plantas de maíz, cimbreaba las cañas maduras, sacándoles un sonido amenazador que, si afinabas el oído, podía ser también la música de una pequeña victoria.

Buenos Aires, 30 de enero de 2014

Agradecimientos

A Silvia Promeslavsky, por ser mi baquiana en la *zona indefinida*.

A los familiares y amigos de Andrea, María Luisa y Sarita que prestaron su testimonio para el libro.

A la jueza Cristina Calveyra, a los jueces Oscar Sudría y Mariano Miño, y al fiscal Rodolfo Lineras.

A Mary Amaya y a Mónica Fornero de la Asociación Verdad Real, Justicia Para Todos.

A los periodistas María Dora Flores, Gustavo Saldaña y Sergio Vaudagnotto.

Al Fondo Nacional de las Artes.



SELVA ALMADA es una escritora, poetisa y narradora argentina. Nació en el año 1973 en Entre Ríos (Argentina).

Recibió una beca del Fondo Nacional de las Artes de Argentina (FNA - Argentina) para desarrollar un proyecto sobre femicidio adolescente. Dentro del campo editorial, co-dirige el ciclo de narrativas «Carne Argentina» y coordina talleres literarios de lectura, escritura y reflexión en el interior del país y en la ciudad de Buenos Aires.